



# NEBRASKA

EN EL CORAZÓN DEL RANCHO GRANDE



*Ariadna Baker*

# NEBRASKA

EN EL CORAZÓN DEL RANCHO GRANDE

Primera edición.  
Nebraska. En el corazón del rancho grande.  
Ariadna Baker.  
©Octubre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Epílogo**

# Capítulo 1



Terminada la carrera en Chicago, en la universidad de Illinois, había estudiado medicina y a mis veintiséis años ya contaba con la certificación que me acreditaba con el título de ello.

— Te voy a echar de menos — dijo abrazándome Silvia, mi compañera de apartamento.

— No sabes cuánto yo a ti, pero iré a verte a California, no lo dudes — la comí a besos, la adoraba.

— Y yo a tu rancho, no me quedaré con las ganas de conocer aquel lugar del que tanto me has hablado — me abrazó más fuerte.

— Bueno, debemos irnos — me sequé las lágrimas, nuestros padres estaban a un lado esperando emocionados.

Mi padres habían venido desde Nebraska a la graduación, así que la vuelta la hacía con ellos, a mi hogar, al que me había visto nacer, donde me había criado y donde estaba nuestra vida, un impresionante rancho a las afueras de Nebraska city, donde solo había unos ochos mil habitantes.

Tuve que empaquetar todas mis cosas y meterlas en la ranchera en la que habían venido a recogerme. Había casi diez horas de viaje, las mismas que nos quedaban de vuelta, tenía que regresar con todo lo que había acumulado durante los siete años que había estado estudiando, donde había forjado una vida momentánea que ya casi había hecho mía, pero que era momento de dar carpetazo y comenzar de nuevo, en el punto de partida.

Mis padres me pusieron un poco al día durante el trayecto, en estos siete años solo había ido al rancho en navidades, una parte de los veranos y poco más, ya que me había dedicado en vacaciones a viajar por Europa u otros lugares del mundo. Como premio a mi sacrificio, mis

padres estaban económicamente bastante bien, el rancho daba una gran cantidad de beneficios a nuestra familia.

Mis padres eran muy jóvenes, mi madre tenía cincuenta años recién cumplidos y mi padre cincuenta y cinco, se enamoraron entrando en la adolescencia, el rancho era de mis abuelos paternos, que fallecieron en un accidente siendo mi padre demasiado joven, así que se hizo cargo de todo y como estaba en una relación con mi madre, se casaron y se quedaron al frente del rancho. Poco después nació yo, su única hija, ya que cuando mi madre me tuvo le detectaron algo en los ovarios y la tuvieron que operar de urgencia, dejándola sin posibilidad de volver a tener hijos, pero eso no les afectó en nada a ellos, conmigo se sentían completamente llenos.

Iba recordando toda mi vida en ese momento de retorno, yo iba en el sillón de atrás, la música iba soñando. Mis padres eran muy bromistas y no paraban de buscarme la lengua, estaban felices de que volviera al Rancho, donde iba a tomar un verano de relax, luego vería como prepararía mi futuro, habíamos pensado abrir una consulta privada para mí, para poder ejercer mi carrera.

Paramos a mitad de camino para comer y descansar un rato.

— Keira, estás preciosa — dijo mi madre abrazándome en el baño al que habíamos entrado, mientras yo me miraba en el espejo.

— Preciosa eres tú — la abracé con fuerza.

— Teníamos tantas ganas de que volvieras a casa... — estaba muy feliz y emocionada.

— Yo también, en el fondo lo echaba de menos — sonreí con añoranza.

Las dos éramos unas gotas de agua, con una melena de rizos grandes en color rubio tirando a rojizo. Teníamos buena genética, se nos veía atléticas y sin grasa, a pesar de no hacer más deporte que el de montar a caballo.

A mi madre la veía yo como una mujerona de esas preciosas, con buen cuerpo, que volvía loco a todos los hombres, era una monería.

Tras esa parada y otra más para tomar un café, por fin llegamos al rancho, estaba oscureciendo, el camino había sido largo, pero muy bonito y lleno de momentos de lo más divertidos.

Entramos con todo a mi habitación y comencé a colocar las cosas después de una buena ducha, me puse los cascos y me dormí, al día siguiente comenzaría a disfrutar de mi vida en aquel lugar que tanto me gustaba.

Mi habitación tenía cincuenta metros cuadrados, estaba en la buhardilla, un baño privado y muchas comodidades, todo de madera en forma de tronco de árboles, zona de estudio y zona para

relajarme en un sofá donde arriba contenía todo tipo de libros, además con unos ventanales a todo el inmenso terreno de casi cien hectáreas, lleno de establos para los caballos, que también vivían en libertad, de zonas donde estaba el ganado que se criaba y se vendía, al igual que los caballos, menos los que teníamos para nosotros, los que considerábamos nuestros, también estaba la zona donde estaban los vegetales, hortalizas que de igual manera era para vender.

Un área de una gran piscina en forma de lago, árboles, cabañas de maderas para los trabajadores; aquello era libertad, era vida, era lo que me gustaba, a lo que estaba acostumbrada.

Por la mañana me levanté con los primeros rayos del sol, fui a la cocina donde me recibió entre abrazos Margot, llevaba toda la vida con nosotros, tenía sesenta años, era la que se encargaba de la casa principal y la cocina, junto a Ely, que le ayudaba en todo, tenía cuarenta años y entró cuando tenía veinte. Las dos vivían en una de las cabañas que había en el rancho, con sus habitaciones y baños independientes, solo compartían salón y cocina, que no les hacía falta, ya que comían en la casa.

— Estás hecha una mujercita — dijo sin dejar de besuquearme.

— Ya soy doctora — levanté mis dedos en plan victoria.

— Estás tan guapa y brillante... — seguía con los besucones — Encima nuestra médica, qué orgullosa estoy de ti.

Apretó con cariño el nudo de la camisa a cuadros que llevaba anudada en el pie de la cinturilla del vaquero, remangada a medio codo, con una camiseta blanca de tirantes debajo, con un buen escote, además de mis vaqueros ajustados y, a pesar de la calor que comenzaba a notarse, me puse las botas, me encantaba estar en el rancho así vestida, con mi melena al aire, con la raya a un lado y una parte del pelo detrás de la oreja.

Me senté a desayunar, estábamos solas, mis padres habían salido a Nebraska a comprar algunas cosas en el súper, las grandes compras les gustaban hacerlas a ellos.

— Está delicioso — dije al dar el primer buche — esto es lo que más eché de menos en Chicago, el buen café preparado con tanto cariño.

— Yo te eché siempre mucho de menos — dijo sonriendo.

— Lo sé, al igual que yo a ti — la miré con ternura, la quería como una segunda madre.

— Buenos días, mi bella Keira — escuché entrar a Ely tan sonriente y dicharachera como siempre.

Me levanté para abrazarla y se sentó a desayunar con nosotras.

— Y cuéntame, ¿dejaste algún corazón roto en Chicago?

— Ni idea, ni lo sé, ni me importa. — hice una burla — No hubo nada especial, algún tonto con algún compañero, alguna fiesta y luego cada uno a su vida — reí.

— Mejor, te tienes que echar el novio en Nebraska, — intervino Margot — te necesitamos cerca, eres nuestra alegría — acarició mi mano por encima de la mesa.

— Ella se lo echará donde su corazón lo encuentre — dijo Ely mientras negaba con la cabeza volteando los ojos.

— Bueno, pues puestos a pedir yo prefiero que sea de la zona — el tono de medio enfado de Margot nos provocó una risa.

— A ver, pero que yo no busco el amor, que yo vivo bien, recién acabé mi carrera y ahora quiero ubicarme, solo eso, lo demás vendrá y pasará, cuando sea, pero sin buscarlo, ahora por lo pronto, voy a disfrutar de mi libertad, eso que no me daban los estudios.

Sonrieron y me agarraron la mano con cariño. Terminamos el desayuno y me fui a buscar a mi caballo que estaba suelto por una parte de la finca vallada de madera, para que se moviera en libertad.

Le silbé y apareció galopando a gran velocidad, puso su cara en mi hombro para que lo abrazara.

— Trueno — lo acaricié con fuerza mientras besaba su cara, se me saltaron hasta las lágrimas.

Era precioso, marrón de pura raza Árabe, con un brillo especial y de lo más dócil, cariñoso e inteligente que había visto jamás.

— Es un caballo de una gran inteligencia, al igual que su belleza — dijo una voz no conocida a mis espaldas.

Me giré y ahí estaba él, un chico desconocido para mí, pero que tenía conocimiento de su existencia, era el nuevo domador, el encargado de los caballos, no me esperaba que fuera así, guapísimo, con un porte impresionante, un estilo de vestir muy peculiar, sus vaqueros pegados y rotos, su camiseta de pico blanca ceñida y esos brazos ligeramente músculos, estaba definido, nada excesivo, pero bien pronunciado.

— Hola, debes ser Izan — sonreí intentando quitar mi cara ruborizada y en shock.

— El mismo, sin duda eres Keira. Hola — me dio la mano.

— Sí — dije sin poder pronunciar ninguna palabra más.

— Eres igual que la señora — dijo refiriéndose a mi madre.



— Eso dicen — sonreí.

— Te lo he cuidado mucho, — dijo acariciando a Trueno — pero se notaba triste, el brillo que tiene ahora en sus ojos, no lo tenía tiempo atrás.

— Tenemos mucha conexión...

— Se nota, — sonrió — salta a la vista. Entonces ya eres licenciada, me alegro mucho, los señores Buster y Evolet se ven de lo más orgullosos — dijo refiriéndose a mis padres.

— Gracias, costó lo suyo, pero lo conseguí.

— Cuando trabajes de lo que amas, verás que mereció la pena. Yo desde chico a parte de estudiar, que nunca llegué a sacarme una carrera, me dediqué a los caballos, vivía en el pequeño rancho de mis abuelos, fueron los que me criaron, así que siempre andaba en los establos o sacándolos a correr, pasear, pero siempre con ellos, eran mis amigos, no me crie jugando a la pelota con los chicos de alrededor ni nada parecido, cada segundo que tenía era para pasarlo con ellos y me inscribí para trabajar en un rancho, hice unas pruebas y me llamaron para aquí, todo lo que había soñado, por lo que había luchado...

— Y aquí estás...

— Muy feliz estos últimos cuatro meses, los señores me hicieron saber muchas veces que era todo lo que habían buscado, así que yo feliz, en mi cabaña — señaló a la que había junto a la de Margot y Eli — disfrutando de lo que amo para poder quedarme todo el tiempo posible, por mí toda mi vida, es todo lo que necesito para ser feliz.

— Suena muy bonito — dije emocionada de escucharlo.

— Suena a sueño y por esos son los que hay que luchar para conseguirlos — su sonrisa era pura nobleza.

Era irresistible, esa dentadura perfectamente blanca, con esa mandíbula, esos ojos color miel, su melena por los hombros entre mechadas naturales castañas y rubias, era todo perfección.

Estuvo un rato comentándome sobre el trabajo que estaba haciendo con los caballos, las rutinas, todo lo que abarcaba su terreno hasta que llegó el capataz de la finca, que llevaba toda la vida con nosotros, Nelson, de cincuenta y dos años, que era como una segunda figura paterna.

Me dio un abrazo sonriendo.

— Veo que has conocido a Izan. — le dio un apretón cariñoso en el hombro — Es el mejor en cuestión de estos, — señaló a Trueno — les tiene tanto amor como tú, cosa que pensé que era difícil.

— Sí, ya veo, me encanta que hayamos tenido esa suerte — sonreí.

El anterior domador tuvo que irse a vivir a cuidar la finca de sus padres, ya que habían fallecido y le había quedado en herencia.

— Bueno os dejo charlando sobre vuestra pasión y me voy a ver cómo está la parte del ganado, viene luego un camión para llevarse una buena tanda.

— Vale, luego nos vemos — dijo Izan mientras yo afirmaba con la cabeza.

— Trueno te está pidiendo que lo montes — dijo mirándolo como me daba con la cabeza en el pecho con cuidado.

— Sí — reí.

Extendió su mano para que lo hiciera y eso hice, le puse la silla, me subí, metí los pies en los estribos y comenzó a cabalgar. Izan nos miraba sonriendo apoyado en la valla, con una preciosa sonrisa, sin dejar de observarme, eso hacía que me sintiera más especial, yo no podía tampoco dejar de sonreír.

Luego de un rato me bajé y volví a charlar un poco con Izan, pero ya habían llegado mis padres y quería ir a organizar con ellos un poco las compras, aunque guardar lo hacían Ely y Margot.

Sacamos todas las bolsas y un rato después nos pusimos a comer los tres, yo notaba algo raro, muy raro que se cocía entre ellos, pero no nada malo, mucha complicidad y miradas que me ponían nerviosa, carraspeé varias veces.

Esa noche mi padre quería hacer una barbacoa, así que aproveché para descansar y leer un poco en mi habitación, arriba del todo, en mi buhardilla.

Me asomé por la ventana y vi a Izan montando sobre uno de los caballos, era algo inexplicable, pero que aceleraba mi corazón.

Me tiré en el sofá después de ponerme unos pantalones de deportes ajustados y una camiseta, quedé dormida un rato, un buen rato, eran las siete de la tarde cuando abrí los ojos, volví a asomarme por la ventana y vi a los lejos a Alan, el encargado de todo lo que tenía que ver con la verdura y hortaliza y a Alvin, que se encargaba del ganado, a parte de los chicos que tenían a su cargo que venían en jornadas a trabajar de la calle.

Pero ellos, al igual que Izan, Ely y Margot, vivían en el rancho en cabañas de madera muy confortables, eran su hogar y estaba adecuado a ellos.

Me metí en la ducha, me sequé el pelo. Esta vez me lo recogí, una cola con la raya a un lado y

el frontal estirado a ambos lados, sobre la coleta los grandes rizos cayendo.

Me puse unos vaqueros bajos y ajustados con una camisa de cuadros pequeños en color roja, al igual que la de tirantes que iba debajo y como no, mis labios, me gustaba verme bien, con unas botas nuevas que me habían regalado mis padres y me habían dado el día anterior.

Bajé para ir hacia el lugar de la barbacoa y me extrañó no cruzarme con nadie.

## Capítulo 2



— ¡¡¡Sorpresa!!! — gritaron todos al verme aparecer por la carpa de madera para ese tipo de comidas o cenas, donde a un lado al final de ella se encontraba una de las barbacoas de la finca.

Estaban todos: mis padres, el capataz, Alan, Alvin, Margot y Ely, también Izan. Un cartel en el fondo con la palabra “Felicidades”. Por supuesto, era una especie de fiesta por mi logro académico, sonreí negando mientras iba andando y me cruzaba las manos en el pecho dando las gracias, la cara de felicidad de todos era el reflejo de sus sonrisas, como la de Izan, que tenía la más especial del mundo entero.

Abracé a mis padre y me llevaron a la parte de atrás, donde había un precioso coche, tipo ranchera cuatro por cuatro para mí, en blanca, preciosa, en color nácar, salté de emoción y nervios.

— Gracias — los abracé emocionada.

— Te lo mereces — dijo mi padre acariciando mi cara.

Volvimos a la parte de la barbacoa, donde comenzamos todos a beber cervezas, hasta Margot y Ely, ellas que nunca solían beber al menos que, como hoy, hubiera una celebración.

Mi padre charlaba amigablemente sobre sus cosas con el capataz y los encargados, mi madre se puso a hablar con Margot y Ely.

— Por tu día — dijo Izan levantando la cerveza, en voz baja, sonriéndome.

— Gracias — choqué mi vaso con el suyo.

— ¿No te falta nada? — arqueó la ceja.

— No te entiendo — hice un gesto de no entender nada mientras sonreía.

— Espera — dijo poniendo la cerveza sobre la mesa que estaba al lado y se fue.

Me quedé sonriente y pensativa, no entendía nada, era la verdad, pero algo me decía que...

Un silbido desde la entrada de la carpa nos hizo girarnos a todos y ahí estaba él, montado sobre Trueno, sonriendo.

Puse los ojos en blanco y fui a abrazarlo mientras Izan se bajaba.

— Es verdad, — sonreí mientras abrazaba a mi caballo — me faltaba él, seguro que está contento también de que me haya doctorado. ¿Verdad? Le di unos besos.

Los demás siguieron a lo suyo, acompañé a volver a llevar a la zona cercada de fuera de los establos a Trueno. Fuimos andando.

— Ellos siempre tienen que estar, aunque sea un instante en nuestros momentos importantes — dijo mientras lo acariciaba.

— Tienes razón — sonreí feliz por ese detalle que había tenido.

— Mañana tengo que ir a la ciudad, me preguntaba si te apetecería acompañarme a hacer unas compras que necesito — dijo ante mi asombro.

— Claro, me vendrá bien salir un rato.

— Espero que los señores no se molesten — dijo mientras volvíamos.

— Tranquilo, ellos no son así, no habrá problema. ¿Sobre qué hora quieres ir?

— Tenía pensado después de comer, que me haya dado tiempo a hacer todo mi trabajo y poder estar por Nebraska sin prisas, tomar algo, comprar lo necesario, pasear.

— Claro, pinta muy bien la idea.

— Genial.

Volvíamos donde estaban todos, nos sentamos en la mesa cuando la carne estaba lista, charlábamos sobre el verano que esperaba en el rancho, sobre los cambios que mi padre quería realizar en los terrenos... Hubo bromas, miradas entre Izan y yo más allá de una simple mirada que podía tener con cualquiera de los que había allí, la verdad que sentía como una cierta química que iba fluyendo entre nosotros.

Unas horas después nos despedimos todos y nos fuimos a dormir, a mí me costó coger el sueño, me asomé por la ventana y vi la cabaña de Izan iluminada, al estar a un lado no podía ver bien más que esa luz que salía por la ventana, a no ser que la abriera y se asomara, pero entonces me tiraría al suelo, reí al imaginarlo.

## Capítulo 3



Esa mañana me levanté tarde, sobre las diez, estaba cansada. Como siempre, lo primero que hice fue mirar por la ventana, ahí estaba Izan, tan guapo como siempre, con unos de nuestros caballos, lo bueno es que el establo estaba en el otro lado de las cabañas y ahí empezaba el cercado de vallas donde se encontraba él. Por muy grande que fuese, siempre estaba en ese lado de la entrada, pues tenía todo a mano.

Ví que miró a mi ventana, me quedé inmóvil, luego bajó la cabeza y siguió con lo suyo. ¿Me habría visto? ¿Por qué miraría? Suspiré y fui al baño, bajé con el camisón de mangas cortas y cortito, era como una camiseta larga, no iba a salir de la casa aún, así que quise hacerlo cómoda, luego antes de comer me ducharía y me prepararía para irme con él a Nebraska.

Desayuné con mi madre, bueno ella desde las ocho estaba en planta, pero se tomó un café conmigo.

— Luego me iré, después de comer con Izan a Nebraska, tiene que hacer unas compras y le quiero acompañar, así me da el aire, también quiero pasear y mirar algunas cosas que me hacen falta.

— Estupendo, cariño — dijo sonriendo sin darle importancia, tal como ya sabía yo.

— ¿Necesitas que traiga algo?

— No, ayer compré yo todo lo necesario para la semana, no hace falta nada mi vida, que lo pases bien, te compres algo de ropa y aprovechéis para tomar algo, o cenar, el día está precioso.

— Vale, cualquier cosa me llamas al móvil.

— Tranquila, cariño, disfruta. Pero vas a comer con nosotros, ¿verdad?

— Sí, me voy después de comer.

— Vale — me hizo un guiño.

Tras un largo desayuno en el que también estuve charlando con Margot y tomando otro café con ella, volví a la buhardilla, mi habitación, ese lugar que tanto me gustaba. Abrí las ventanas y en senté en ella, Izan miró y levantó la mano a lo lejos, yo hice lo mismo, se me caía el alma al suelo, eran tan guapo, esta vez me había visto, más que nada por qué me senté en el borde de ella.

Me quedé mirando mientras lavaba a uno de los caballos. Dios mío, Izan es un monumento andante, me encanta ese toque sensual, cortés, educado y a la vez noble, me lo imaginaba en un revolcón y me ponía con taquicardia.

Me puse un peto corto vaquero, de falda, con una camiseta blanca debajo, unas botas veraniegas de color arena. Me veía bien, luego cogería un bolso que me pondría atravesado, de un asa, de piel del mismo tejido y color que las botas.

Bajé a comer, ese día lo hicimos todos juntos, los mismos que los de la noche anterior. Izan me miraba con una media sonrisa que me hacía derretirme; era tan educado, simpático, correcto, atento, que hasta llegué a pensar que era mi príncipe azul, que otro como él no encontraría. Evitaba reír en la mesa con esos pensamientos.

Tras la comida, nos fuimos en mi nuevo coche, quería estrenarlo y él aceptó, así que nos fuimos en él, yo iba conduciendo y él de copiloto.

El camino lo pasamos charlando sobre la zona, rápidamente llegamos a la ciudad, aparcamos el coche y nos fuimos a pasear.

— ¿Cómo ves tu futuro? — preguntó mientras caminábamos lentamente.

— Pues en una clínica privada, aquí en esta ciudad, pequeña, pasando consulta, pero viviendo en el rancho familiar, en una casa que construya a mi gusto, pero todo depende, aunque no me quisiera ir de allí. Luego formar mi familia, tener mis hijos, nada más que eso, no necesito más para ser feliz.

— Espero verlo, señal que cumpliste tu sueño y yo seguiré viviendo el mío que es estar en el rancho toda mi vida.

— ¿Como padre de mis hijos? — pregunté bromeando, yo era así y mucho había tardado en soltarle un disparate.

Una carcajada le salió de forma inesperada, me miraba riendo y negando con la cabeza.

— Claro — le salió una carcajada de lo más bonita, me echó la mano por el hombro y me dio un beso en la cabeza, luego me soltó. — Me encanta esa alegría que irradas, tan bromista, llena



de vida...

— Bromista dice — dije con descaro riendo.

— Te veo una persona alegre y bromista — arqueó la ceja.

— Ya, que no te tomas en serio lo de ser el padre de mis hijos — volví a bromear buscándolo más.

— Para ser el padre de tus hijos — puso de nuevo la mano en mi hombro — primero tenemos que buscarlos y créeme que ahora no estoy en condiciones de pensar eso, por mi salud mental y porque no es lugar... — dijo con su sonrisa, podía verlo aunque estuviera a un lado, pero pegado a mí, con ese tono provocador, pero correcto, se me subía la sangre a la cabeza, volvió a quitar su mano.

— ¿Qué tiene que ver el lugar? Tranquilo, que no te estoy diciendo que ahora nos vayamos al coche y hagamos una locura, que puedo esperar a la noche y lo hacemos en el establo, podemos buscar la aguja en el pajar — me entró un ataque de risa, no sabía Izan de mi ironía y descaro aún.

— No sé si podré aguantar hasta esta noche, pero mientras nos vamos a tomar unas cervezas — dijo alargando su mano para que entrara a la taberna, produciendo una carcajada en mí por haberme seguido la broma, eso me gustaba.

— Bueno, si te pones así, ahora a la vuelta paramos en un lado de la pradera — puse los ojos en blanco y miré al camarero que se acercaba. — Dos cervezas grandes, por favor — dije decidida.

— Ya veremos, lo mismo con la cerveza... — señaló a la que estaba poniendo el camarero y luego se puso el pelo tras la oreja — se me pasa — sonrió con sarcasmo y me entró un ataque de risa.

— Lástima — dije encendiendo un cigarrillo.

— No deberías fumar... — me quitó el cigarro y le dio una calada, me reí y me encendí otro.

— Pensaba que no fumabas...

— Lo hacía entre orgasmo y orgasmo, pero como se me fue de las manos y hace tanto tiempo, voy a fumar uno para que no se me olvide como era — su tono era serio, pero bromeando, aguantaba la risa.

— ¿Tanto hace? — pregunté aguantando la risa.

— Cinco años.

— Sí hombre y lo dirás en serio — solté una carcajada, ese cuerpo no podía estar tan

desaprovechado, no me podía creer eso.

— Me puedo equivocar en unos meses, no te creas que mucho más — aguantaba la risa.

— Me estás vacilando — dije negando con la cabeza.

— Un poquito — hizo ese gesto con los dedos.

— Venga va. ¿Cuándo fue tu última vez? — a cotilla no me ganaba nadie.

— Nunca hubo ni última ni primera — sonrió.

— Sí hombre, me vas a decir que el único hombre que hay virgen en el planeta eres tú... — puse los ojos en blanco.

— Bueno virgen... Uno se las sabe apañar solo — dio un toque cariñoso a mi nariz mientras sonreía.

— No hablo de eso. ¿Nunca se la metiste a una mujer? — reí alucinando.

— Eres un poco curiosa. ¿No? — Puso la mano en mi nuca y la acarició mientras reía.

— Un poquito — le devolví lo que antes me hizo con gesto de dedos incluidos.

— Nunca me acosté con nadie, en serio, no tuve tiempo, la pasé en el rancho aislando del mundo, cuidando de mis abuelos, pero no me hizo falta, aunque es tontería, no soy de piedra, pero desde que mis abuelos fallecieron y me vine a vuestro rancho, ya me propuse salir, hacer vida y recuperar todo el tiempo perdido — sonrió.

— Te puedo ayudar, ¿eh? — bromeé poniéndome las manos en el pecho y aguantando la risa. Eso de que no se había acostado con nadie, a mí me había matado, me ponía más nerviosa el imaginar siendo yo la que lo guiaría, o no, lo mismo el chico se desenvolvía de lujo.

— ¿Y que me echen los señores? No sé si me la jugaría — rio.

— Nadie te va a echar, no son tan antiguos, — puse los ojos en blanco — pero si no quieres, no te voy a obligar — le saqué la lengua y quitó mi cerveza de la mano.

Me pegó contra él rodeándome con las manos la cintura, me miró y me beso, pero un beso rápido, sin lenguas, de esos que duran dos segundos, pero te llegan al alma.

— ¿Ni por esto? — dijo separándose y cogiendo su cerveza para dar un trago mientras sonreía.

— Ni por eso — cogí la mía y me quedé dando un trago mirando a la barra.

— Entonces me pensaré el ser el padre de tus hijos... — soltó una carcajada suave mientras me miraba con ese brillo que lo hacía especial.

— Pero antes me tienes que cortejar...

— ¿Y no lo estoy haciendo?

— Un poquito — volví a hacer el gesto con la mano y la suya me hizo una caricia cariñosa en la cara mientras la pellizcaba.

— Eres toda vida — su sonrisa no se quitaba de su cara.

Yo sabía que era una descarada, que había ido a la yugular, pero es que lo hacía muy pocas veces, cuando alguien de verdad me gustaba y él lo hacía y mucho.

Volvimos a pasear, esta vez llevaba su mano por mi hombro mientras me hablaba, me contaba su vida con sus abuelos, esos que lo habían criado, al que los recordaba con mucho amor, pero es que Izan era un ser especial, lleno de luz, energía y estaba buenísimo, vamos, el hombre perfecto.

Estuvimos toda la tarde de tiendas, luego fuimos a cenar una hamburguesa mientras yo seguía contándole sobre mi vida en Chicago, se reía mucho con mis cosas, así que alargamos la noche más y fuimos a tomar una última cerveza.

Tonteábamos, nos buscábamos, pero no pasaba de algún roce o caricia que él me daba en algún momento, dependiendo de la respuesta que me daba a lo que yo le decía, era un amor, a mí me estaba poniendo de lo más tonta.

Volvimos al coche, pero esta vez conducía él, arrancó y salimos de allí. A mitad de camino se desvió por un pequeño y solitario sendero y paró el coche a un lado.

— ¿Aquí lo querías hacer? — preguntó ante mi asombro.

— Ahora sí que me has acojonado — solté una carcajada y se bajó del coche, dejando las luces encendidas.

Yo hice lo mismo, bajarme, no sabía ni para qué, pero dentro no me iba a quedar.

Se apoyó en un costado del coche y me pegó contra él, me besó, pero esta vez con intensidad, pero sin pasarse, entrelazando nuestras lenguas, acariciando la espalda mientras me miraba cuando nuestros labios se separaban.

— Me encantas — dijo con tono suave con su mirada penetrante. — No sé si estoy metiendo la pata o no, pero me haces sentir muchas ganas de abrazarte.

— No la estás metiendo, somos adultos — lo besé con cariño y volvió a apretarme más fuerte

contra él.

Estuvimos un rato ahí entre besos y abrazos, no pasó más nada, nos volvimos a montar en el coche y llegamos al rancho.

— Mañana te veo — me dio la llave del auto. — Espero que tengas un bonito descanso.

— Igualmente, Izan...— Lo miré sonriendo y me marché hacia dentro.

Ardiendo, subía ardiendo, me asomé por la ventana y vi la luz de su cabaña, me daban ganas de ir hacia allí y terminar lo que empezamos, pero no era buena idea, o sí, pero era muy precipitado, aunque ¿de qué valía el tiempo? Me metí en la cama para no hacer ninguna locura.

## Capítulo 4



Esa mañana me desperté muy temprano, me asomé a la ventana y ahí estaba Izan con Trueno, le silbé y lo saludé, levantó la mano sonriendo, ya me había dado el despertar más bonito.

Un rato después ya estaba en la cocina preparada para desayunar. Margot me había estado comentando que Ely estaba en cama y que ahora vendría el doctor, tenía fiebre y no se encontraba bien.

— Espero que se recupere, ahora iré a verla — dije con tristeza.

— ¿Y qué tal ayer en Nebraska?

— Bien — sonreí. — Izan es muy buen chico, fue una buena compañía.

— Es bárbaro, es tremendo, un corazón de oro, una mirada muy noble, siempre dispuesto y tan atento...

— Se le nota, aunque lo conozco de poco — dije haciéndome la loca.

— Ama a los caballos, a los animales, a la vida, es un hombre con unos valores increíbles, uno así debí haber conocido en mi vida — rio provocándome una risa.

— Poniéndome la cosa así, me están dando ganas ir y pedirle en matrimonio — dije a ver qué me decía.

— Pues mira, no vendría mal, ya está en la familia y encima sé que os quedaríais en el rancho — dijo mi padre entrando por las puertas. — Necesito un café — me dio un beso en la mejilla.

— Papá... — puse los ojos en blanco — es una broma — reí.

— Toda verdad comienza por una broma — arqueó la ceja y me eché a reír.

— Tiene razón tu padre — dijo Margot.

— Ya... — reí. — Acabo de terminar la carrera, dejadme disfrutar un poco — puse los ojos en blanco.

— Yo llevo disfrutando con tu madre desde que la conocí — carraspeó.

— Ya, eso es verdad — resoplé riendo.

Tras el desayuno, me fui a la entrada del establo, allí estaba Izan, que me recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

— Buenos días — sonrió.

— Buenos días, chico encantador...

— ¿Encantador? — hizo un gesto de sorpresa.

— Sí, tienes enamorado por lo que veo a casi toda la casa, no veas lo bien que hablan de ti — puse los ojos en blanco.

— Eso es bueno — sonrió — Y a ti, ¿te consigo enamorar? — dijo inesperadamente.

— No vas por mal camino, tienes trabajo, pero lo veo algo posible — abracé a Trueno mientras sonreía.

— Vaya, eso me alegra. Por cierto, había pensado esta noche ver una película que tiene muy buena pinta. Me preguntaba...

— Claro que sí. ¿A qué hora? — solté una carcajada.

— No me dejaste terminar — puso los ojos en blanco sonriendo.

— Perdón — levanté las manos.

— Voy a preparar esta noche unas patatas cocidas con unos condimentos que le pongo y una salsa cesar por encima. ¿Te apetece?

— Eso suena brutal, también acepto.

— Pues entonces a las ocho por ahí si te parece bien.

— Claro, me parece genial.

— ¿Qué planes tienes hoy?

— Pues quiero montar a Trueno un rato, perderme por la finca.

— Te acompaño con Viento. ¿Te parece? — dijo refiriéndose al caballo de mi padre.

— Claro, es una buena idea.

Nos fuimos a galopar, riendo, con miradas de complicidad, con sonrisas de esas que enamoran el alma.

¿Quién era ese hombre que había conseguido despertar mil sensaciones en mi interior? ¿Cómo era capaz de hacerme sonreír de esa manera? Jamás había imaginado llegar al rancho y encontrarme esto, pero estaba haciendo mi mundo más feliz de lo que ya era.

De repente emitió un sonido y vinieron todos los caballos que estaban por la zona del establo, era impresionante como lo obedecían, fue un momento mágico el vernos delante y detrás como si fuera una concentración, al mismo ritmo.

Cuando estuvimos un buen tiempo volvimos al establo, comimos todos juntos en el exterior, a mis padres les gustaba juntar a todo el personal fijo de la casa, decían que era nuestra familia, al igual que otros días pues se comía por separado según lo ocupados que estuvieran todos.

— Esta noche vamos a salir mamá y yo a la ciudad a cenar, nos preguntábamos si te apetecería venir — dijo mi padre y noté como Izan disimulaba.

— Esta noche he quedado para ver una película con Izan y cenar unas patatas asadas, así que tendrá que ser otro día — dije sonriendo.

— No hay más nada que hablar, me parece un buen plan — dijo sonriente.

Tras la comida, me fui a ver a Ely, estaba mal, con mucha fiebre, el doctor le había puesto un tratamiento, pero daba pena verla, me fui unos momentos después, en cuanto se volvió a quedar dormida, pero había algo que no veía bien, estaba claro que Jackson, el que la miró, tenía más experiencia que yo, así que no me metí mucho en el tema y con lo que vi que le habían mandado debería tener mejoría.

Pasé la tarde en mi habitación, leyendo, descansando y fantaseando con Izan, me volvía loca, me había entrado como una bala en el corazón y no podía remediar ese sentimiento que brotaba en mi alma.

Cuando llegó la hora, me fui a su cabaña, me abrió sonriente y me dio un beso detrás de la puerta, me hizo mucha gracia, ilusión y me recorrió un cosquilleo por el estómago.

— Huele genial.

— Ya están gratinándose — sonrió mientras me abrazaba mirando al horno.

— ¿Te gusta la cocina?

— Me gusta cocinar lo que me gusta comer, solo eso, lo demás prefiero que me lo cocinen — me dio una cerveza. — Hay comidas que me gustan, pero no perdería el tiempo en hacerlas, pero otras veces me sale la vena cocinillas — me dio un beso en la mejilla.

— Te entiendo — lo abracé.

Su cuerpo incitaba a tenerlo todo el día abrazado, su cara era una deleite para los ojos, me encantaba Izan y por momentos más.

Nos sentamos a comer, su cabaña me parecía muy acogedora, todo con mucho gusto colocado, aire rústico, limpio, se veía que era ordenado, aquel ambiente me encantaba.

— Tienes la cabaña genial — dije mientras observaba todo.

— Es muy bonita, me encantó cuando me la ofrecieron, no necesito más.

— ¿Ni a mí? — solté con descaro.

— Bueno, eres un regalo de la vida, no lo voy a negar — su sonrisa era de lo más provocadora.

— Un regalo de la vida... — solté una carcajada.

— No me atrevo a llamarlo de otra forma — arqueó la ceja.

— Y yo que pensaba que me veías como el amor de tu vida. — bromeé — Por cierto, esto está delicioso.

— Me lo pones peor, en todo caso mi primer amor — soltó una risa.

— ¡Hostias! Es verdad — me puse las manos en la cara recordando que nunca había estado con una mujer. — Como yo te tenga que enseñar todo, vas a salir corriendo.

— ¿Por? Qué no tenga experiencia no significa que no sepa hacer nada — se mordió el labio.

— Tienes razón—solté una carcajada.

Tras la comida, nos sentamos en el sofá a ver la peli, él me dejó caer en su pecho mientras acariciaba mi pelo, era una comedia romántica con mucho suspense, pero sobre todo humor, eso



que me gustaba a mí.

Su mano se metió por debajo de mi camiseta para acariciar mi espalda y yo me estaba poniendo que me subía por las paredes. Izan tenía una forma de acariciar que ponía la piel de gallina.

Terminó la peli y me acompañó a casa, no sin antes de salir de la cabaña darme un señor beso, de esos que te limpian hasta el alma, pero así era Izan, eso era lo que más me gustaba de él, esa mezcla de inexperiencia, pero con esos momentos que me elevaban al cielo.

Una vez en mi buhardilla, me quedé mirando por la ventana, me encendí un cigarro y miré hacia la cabaña, hubiera pasado la noche con él, me hubiera perdido en su cuerpo, eso sin duda, pero es que tenía algo especial, algo que desgarraba todo mi ser.

## Capítulo 5



Escuché un revuelo en la planta baja de la casa, gritos, lloros. Me levanté corriendo a ver qué sucedía.

Miré a todos que estaban en la cocina llorando, Izan tenía la cara descompuesta, pero Margot era un baño de lágrimas al igual que mi madre, mi padre estaba descompuesto, serio y con los ojos humedecidos.

— ¿Ely? — pregunté desde la puerta.

— Sí, hija — dijo mi padre.

El corazón se me paró en ese momento, me puse la mano en la boca y mis ojos comenzaron a formar un mar de lágrimas, no podía ser, no podía estar pasando esto, no podía irse de esta manera, no podía dejarnos con tanta juventud y vida por delante, me abracé a mi padre llorando, maldecí la vida mil veces.

— Están preparándola para velarla en su cabaña, luego la llevaremos a incinerar y la tendremos en la finca con nosotros — dijo mi padre.

— ¿Pero qué le pasó? No lo entiendo.

— No te lo quisimos contar, pero Ely lleva mucho tiempo padeciendo una enfermedad que era difícil de salvar.

— ¿Qué enfermedad? — pregunté llorando, pero nadie contestó, mi padre me abrazó bien fuerte para que descargara todo el dolor sobre él.

Ese día velamos a Ely, el rancho estaba parado, nuestras vidas también, se podía sentir la tristeza por todas partes. Por la noche se le dio una misa y luego se incineró, se quedaron en un

jarrón sus cenizas y lo colocamos en una especie de santuario que teníamos en la finca.

Esa noche me costó mucho coger el sueño, sentía demasiado dolor en mí, como si la vida me hubiera arrancado un pedazo del alma, Ely llevaba casi toda mi vida con nosotros, entró cuando yo tenía apenas siete, para mí era como una hermana mayor, al igual que Margot como una segunda madre, pero la vida era muy injusta y en esos momentos lo estaba siendo.

Por la mañana desayuné con mi madre y Margot cuando las sentí, las dos estaban descompuestas, le di un beso caluroso a cada una y me senté, no tardó en aparecer Izan, que se acopló a hacerlo con nosotras, me dio un abrazo de cariño y un beso en la mejilla.

— Siento mucho por lo que estáis atravesando, yo la conozco desde hace poco, pero le tenía mucho respeto y cariño, sé que la queríais mucho, es el dolor que ahora debéis de afrontar hasta quedaros solo con los bonitos recuerdos. Estoy con vosotras, comparto la pena del vacío que dejará esa sonrisa en el rancho. — Dijo Izan, hablando despacio, con una mirada que solo transmitía amor.

— Gracias, hijo — dijo mi madre.

— Esto es una pena muy grande — Margot rompió a llorar más aún.

Los siguientes días fueron de puro silencio en el rancho, apenas hablaba con nadie, me refugiaba en mi cabaña, veía a lo lejos a Izan que también miraba de vez en cuando a mi buhardilla, intercambiábamos palabras durante el día o pequeños momentos, más allá que estar al lado de los caballos, pero es que la pérdida de Ely nos había tirado a todos por los suelos.

Esa mañana sabía que mi padre haría una barbacoa por la noche, quería cambiar el ambiente de tristeza en la finca y nos dijo que a Ely no le gustaría vernos así y que no por estar todo el día llorando íbamos a conseguir nada.

Llegué a la cocina y estaba mi madre con Margot, como la mayoría de las mañanas.

— Buenos días — las besé a cada una, esta vez por fin me sonrieron y yo estaba dispuesta a hacer lo que había dicho mi padre. — Hoy quiero sonrisas como esas.

— Sí, lo intentaremos, no podemos estar así, esto parece un continuo funeral y no, no podemos seguir por esta vía — dijo Margot.

— Estás preciosa — dijo mi madre.

— Ya hace mucha calor — sonreí.

Me había puesto un traje de tirantes finos blanco anudado con unas moñas en los hombros, de tela, en varios cortes hasta las rodillas, suelto, era muy bonito y coqueto, con eso sí, mis botas al más estilo Cowboy.

— ¿Habéis visto a Izan?

— Estoy aquí — dijo entrando repentinamente sonriendo. — Buenos días, preciosidades — su tono era de lo más dulce, era puro amor.

— Te quería comentar por si me acompañabas a Nebraska a comer, quiero comprar unas estanterías para mi colección de libros, ya no me entran en ninguna, estaremos de vuelta para la barbacoa.

— Claro, no lo dudes. Salimos a la una, que me dé tiempo de dejar a mis amores listos — se refirió a los caballos.

— Por supuesto — sonreí mientras miraba a Margot, que le servía un café.

— ¿Cómo quieres las estanterías?, ¿como las otras?

— Sí, mamá, iré a la fábrica de Williams, cogeré dos del mismo estilo.

— Vale, si ves algo más no dudes en comprarlo.

— No, no me hace falta más nada, tampoco quiero cargar más la buhardilla.

— Tienes razón, demasiadas cosas al final entorpecen.

Mi padre entró en ese momento y le comenté que iba con Izan más tarde a Nebraska.

— Pues os voy a hacer un encargo...

— Claro — dijo Izan sonriendo.

— Vais a ir a la taberna del latino y le vais a pedir una caja de diez botellas de Orujo español, me mandó un mensaje diciendo que se lo habían vuelto a traer.

— Eso está hecho — sonrió.

— Es pura cura para después de la comida, te bebes un trago de eso y te deja nuevo.

— Yo hoy me beberé una botella — dijo mi madre negando con la cabeza.

— Entonces verás el infierno, de eso solo puede ser uno o dos tragos, pero abriremos buenas botellas de vino.

— Lo que sea, me bebo lo que sea — dijo mi madre causándonos unas risas en esos momentos tan tristes.

Terminamos de desayunar y me fui con Izan al establo, quería montar un rato a Trueno, así que me fui sola, pensando en todo, sobre todo en aquel chico, quería quitar de la mente el dolor que me hacía sentir la pérdida de Ely, aquello nos había matado a todos.

No comprendí por qué me habían tapado lo de su enfermedad, pero obviamente querían quitar dolor en mí mientras estaba luchando por acabar mi carrera, eso sí lo entendía, pero no llegaba a comprenderlo del todo.

Volví y me quedé por allí ayudando a mi padre a decorar una zona, estaba moviendo piezas como él decía, hasta no quedar todo perfectamente, como quería todo, no paraba.

Luego me fui en mi coche con Izan, conducía él, tenía una de sus manos en mi pierna, haciendo círculos.

— Anoche tuve un sueño — dijo sin dejar de mirar hacia adelante.

— ¿Sí?

— Estábamos los dos dando de comer a nuestro hijos....

— ¡Para! — solté una risa nerviosa — ¿Hijos? ¿Desde cuándo se tienen hijos sin formalizar una relación? No somos ni novios y...

— Era un sueño — sonrió mientras se mordía el labio.

— Bueno, termina de contar — me crucé de brazos riendo mientras cruzaba mis rodillas y me dejaba caer en la ventanilla.

— Pues eran trillizos y les...

— ¿¿¿Cómo que trillizos???

— Ajá, trillizos...

— Sé lo que son, pero ¿cómo que trillizos? — resoplé riendo.

— ¿Vas a dejarme que te lo termine de contar?

— Claro.

— Estábamos dándoles de comer...

— Una cosa, ¿fueron por inseminación artificial? Qué yo sepas no me has puesto un dedo encima.

— Mira, paso de contártelo — rio negando con la cabeza.

— No, no, ahora me lo cuentas.

— Es un sueño y le pides explicación a todo, así no se puede.

— Hombre, tres y sin probar ese cuerpo, ya me dirás cómo quieres que me lo coma.

— Te repito, es un sueño — volvió a negar con la cabeza riendo.

— Vale y le dimos de comer y qué más...

— Le dábamos el biberón, estaban en sus sillas de comer, apenas andaban, no llegaban al año.

— Pues con un año yo hacía hasta el pino puente — reí.

— No hay forma — aparcó el coche y nos bajamos.

— Sigue contando — dije mientras caminaba a su lado.

— Eres tremenda — me echó la mano por encima del hombro y besó mi frente.

— ¿Yo tremenda? Yo no, tú, que sueñas con tres churumbeles bebiendo biberón, cuando no has tenido ni una noche de sexo — solté una carcajada.

— Eso no me hace menos hombre y que no me haya acostado con alguien no significa que no haya tenido muchos orgasmos, que no me vaya a la cama con cualquiera o que nadie me haya llamado la atención suficientemente hasta ahora, no quiere decir que no sepa defenderme.

— Explícame eso de hasta ahora — me paré en seco.

— Hasta que te he conocido...

— ¿Y conmigo te acostarías? — pregunté sin rodeos.

— Desde el primer momento en que te vi — sonrió y jaló de mi hombro para continuar andando.

— ¿Y a qué esperas? — dije aguantando la risa levantando un poco las manos.

— A que sea el momento.

— ¿Y no lo es?

— ¿Aquí en plena calle? — rio.

— Paso de ti, no me tomas en serio — dije como si me sintiera indignada, pero estaba aguantando la risa.

— Lo hablamos esta noche...

— ¿En la barbacoa? — puse los ojos en blanco.

— Ya veremos...

— ¿Cómo que ya veremos?

— Entra, anda — dijo dándome paso al almacén de las estanterías.

Fuimos directos a cogerla, el chico nos ayudó y ya se cambió el tema. La llevamos al coche, la dejamos allí y fuimos a por las botellas de mi padre, también la llevamos al coche.

Luego nos metimos en una taberna y nos pedimos comida mexicana, nos encantaba a los dos, además esa taberna era de ambiente mexicano, nos pedimos un poco de todo para compartir y nos tomamos unas coronitas.

¿Sabéis lo que es estar todo el día en tensión? Así estaba yo, cuando lo tenía a mi lado, se me ponía el corazón a mil, no sabía lo que me había hecho, pero estaba rendida a sus pies y lo mejor de todo era que lo tenía con nosotros en el rancho, que lo podía ver todos los días.

— ¿En qué piensas?

— ¿Yo? En nada — sonreí mintiendo.

— ¿Segura?

— Segurísima — le saqué la lengua.

Terminamos de comer y volvimos a la finca después de pasar un rato y comprar una bolsa de chucherías para mi habitación y para la cabaña de Izan, a los dos nos gustaban, las evitábamos, pero de vez en cuando no era malo darse un capricho de alta dosis de azúcar.

Me acompañó a la buhardilla, es más, subió las dos estanterías y me las colocó, así conoció mi escondite, ese lugar que sentía tan mío.

— Me encanta este lugar que tienes como tuyo — dijo mirando a todas partes.

— La verdad es que me siento muy bien aquí, con las vistas, con lo que hay, me siento bien — me acerqué a él y lo abracé.

Nos besamos, pero como dos quinceañeros que están descubriendo un mundo nuevo, con miradas llenas de confianzas, complicidad, nerviosismo, deseos, así nos besamos un rato y a él le brillaban los ojos de una forma especial, al igual que yo sentía que los hacían los míos.

— Voy a ducharme y cambiarme, en nada empieza la barbacoa — me dio un beso.

— ¿Por qué no te duchas conmigo? — bromeé.

— Luego nos vemos — sonrió negando con la cabeza y se marchó.

— Ay, qué pena de cuerpo tan desperdiciado — lo empujé hacia afuera mientras reía.

Es que era para comérselo, era para morir de amor por él, tan guapo y deseado...

Me metí en el baño para no seguir fantaseando, me duché, me puse una falda corta vaquera, mis botas y una camiseta blanca, el pelo recogido y a disfrutar un poco, me apetecía beber.

— Necesito un vino — dije entrando a la carpa de madera, estaba mi padre hablando con los chicos de la finca, incluido Izan.

— Toma cariño — me sirvió una copa.

Todos me dijeron que estaba guapísima e Izan afirmaba con la cabeza, sonriendo, clavando esos ojos como puñales en mi cuerpo.

Mi madre se acercó a mi tal y como llegó.

— Hija, estás preciosa.

— Me lo recuerdas todos los días a todas horas — sonreí y la besé.

— Sabes que para mí eres el tesoro más grande del mundo...

— Lo sé, mamá.

— ¿Qué tal en Nebraska?

— Bien, Izan ya me colocó las estanterías.

— Es un gran hombre — dijo acercándose a mi oído.

— Estoy totalmente de acuerdo — di un trago mientras sonreía.

Pasamos una velada charlando, comiendo, bebiendo, poco a poco se fueron retirando y solo



quedamos Izan y yo.

— ¿Nos tomamos la última en mi cabaña?

— Ummm, eso suena genial.

— Vamos — sonrió.

Nos sentamos en el sofá, copa en mano, la apoyé en la mesa y me tiré a él, ni lo pensé, no sabía si era el vino, las ganas, o todo en general, pero me tiré sobre él y me acogió con sus manos.

Nos besamos apasionadamente, sin dudas fue algo increíble cuando noté sus manos entrando debajo de mi camiseta y acariciando cada recodo de mi piel, inclusive los pechos. Eso de que no había estado con una mujer, no lo parecía, estaba llevando la situación bastante bien.

Comenzó a desnudarme hasta dejarme sin ropa, me miró con deseos y se desnudó también, mientras nos besábamos. Me cogió en brazos y me llevó a su cama, me tiró en ella y comenzó a besar todo mi cuerpo, a rozarse con mi piel, a devorarme a besos y mordiscos mientras sonreía.

— Menos mal que no sabías... — solté una carcajada cuando se puso entre mis piernas y comenzó a lamerme.

— Nunca dije eso — levantó la cabeza y me hizo un guiño.

Comenzó a lamer mis partes de tal forma que comencé a gemir como loca, me agarré a las sábanas y recibí ese orgasmo que me había causado con su lengua, aquello había sido de película.

Se puso un preservativo, cosa que me dio la sensación de que lo compró en Nebraska cuando entró a la farmacia y yo me esperé fumando un cigarro.

Se tiró encima de mí con delicadeza, la puso en la entrada y la metió, un gemido salió de su garganta, comenzó a moverse de forma sincronizada, mirándome a los ojos, emitiendo sonidos con su garganta que hacía entrever que estaba disfrutando, apretaba mis pechos...

Llegó al orgasmo y cayó sobre mí, abrazándome con fuerzas.

— Quédate a dormir conmigo — dijo sin salir de mi interior.

— ¿De verdad lo deseas?

— Sí, como ahora, los dos desnudos — su tono de voz era de lo más bonito.

— Me quedaré.

— Ahora vengo — fue al baño y me puse la braga solamente.

Volvió con sus calzones puesto, le quedaban de muerte, se tiró a mi lado y me acomodó en su cuello, apretándome contra él, así nos quedamos dormidos después de ese momento mágico.

## Capítulo 6



Sus manos acariciaban mi barriga y podía notar su aliento cerca de mí.

— Buenos días — me acurruqué más a él.

— Buenos días, mi niña — metió su mano en mi cuello — ¿Qué tal dormiste?

— Genial, es más cómodo este colchón que el mío — reí.

— Pues puedes venir cuantas veces quieras a dormir — me hizo un guiño y me besó.

Volvió a recorrer mi cuerpo con sus manos, me quitó las bragas y me abrió las piernas, introdujo uno de sus dedos en mi vagina consiguiendo que soltara el aire, luego metió otro y se puso a mirarme fijamente mientras jugueteaba en mi interior.

Luego se fue a mi clítoris y comenzó a acariciarlo con su otra mano, sin dejar de mover los dedos y me estiré bien hacia atrás hasta volverme a correr por segunda vez con él.

Luego lo hicimos, lo hicimos de forma más fogosa, se estaba soltando y eso me gustaba, se sentía cómodo, se lo veía con ansias de mí, con deseos y eso me hacía sentir más viva.

Su cuerpo era fibroso, suave, olía que alimentaba, un olor fresco, de esos que dan ganas de morder.

— Bueno, me tengo que ir — reí mientras lo abrazaba, era muy temprano, pero seguro que me encontraba a alguien por el camino.

— Te van a ver...

— Les digo que me fui de fiesta — solté una carcajada — Es broma, que vimos una peli y me

quedé dormida en el sofá, nadie me dirá nada — lo besé.

— Son un encanto — besó mi frente.

— Confían en mí — nos abrazamos y salí directa para la buhardilla, con la encanto de que no me crucé a nadie.

Me duché, me vestí y bajé a la cocina.

— Buenos días — dijo Margot mientras me abrazaba.

— Buenos días, cariño — me la comí a besos.

— Te vi salir de la cabaña — sonrió mientras me ponía el café.

— Anoche que fuimos a ver una peli cuando os acostasteis y me quedé dormida — puse los ojos en blanco.

— Yo con un hombre así, lo último que haría sería dormir — soltó una carcajada, la misma que me hizo echar a mí.

— Bueno, lo conozco desde hace poco, tampoco corras tanto — dije restando importancia.

Nos reímos y en ese momento llegó él.

— Buenos días. ¿Huelo a café? — preguntó bromeando y uniéndose a nosotras.

— Lo raro es que no huelas a vino con todo lo que bebimos anoche — solté provocando una risa en ellos.

— Aquí tienes tu café, por supuesto que hueles a él, esta niña es muy bruta — bromeó Margot.

— Bruta yo... — puse los ojos en blanco, recordando lo que antes me había dicho.

Izan me miraba de forma especial, con esa sonrisa que no se le borraba del rostro, con ese brillo que no se le quitaba de su mirada y Margot nos miraba a los dos sonriendo, no se le pasaba ni una, sabía que allí estaba comenzando algo bonito, algo que nos hacía vibrar.

Entraron mis padres y saludaron muy felices.

— Tenía que decirte algo, cariño — dijo mi padre mientras se sentaban en la mesa.

— ¿Pasó algo?

— No, es que mamá y yo salimos mañana de viaje, nos invitaron a un rodeo en la finca del tío

Jack, nos vamos unos días a Colorado, saldremos bien temprano para estar al mediodía, así que no regresaremos hasta por lo menos cinco días.

— Disfrutad, hacéis bien.

— ¿Quieres venirte? — vi la cara de Izan descomponerse.

— No, paso de moverme, quiero disfrutar de esto, del relax, salir por Nebraska, bañarme en la piscina que aún no lo hice, me quedo aquí — le volvió a cambiar la mirada.

— Perfecto, pues cualquier cosa solo me tenéis que llamar, pero con tantos hombres y Margot, estarás bien.

— Pues claro — reí.

Después de desayunar, me fui con mi padre a la ciudad, tenía que hacer compras y dejarla en el rancho, así que me fui con él al supermercado.

Me reí mucho, mi padre era joven, eso le hacía vivir y ver las cosas de otra manera, no dejaba de bromear por el súper y yo de hacerle mogollón de fotos, se las mandábamos a mi madre, que nos respondía con un jajaja, típico en ella.

Regresamos al rancho y metimos todo a la cocina, no vi a Izan al entrar, pero lo vería en la comida, Margot estaba preparando un horno de patatas salteadas, como ella le llamaba, con huevo, jamón y verdura, estaba buenísimo.

A la hora de la comida apareció sonriente, venía de galopar con los caballos y eso a él lo dejaba de lo más relajado, sus miradas cómplices conmigo me hacían sentir en una nube.

Después de la comida, me fui al cuarto, tenía ganas de dormir, estaba agotada del día anterior y no había descansado apenas.

Por la noche bajé a cenar y me quedé con mis padres charlando, se iban y quería pasar la última noche con ellos, aunque me pensé diez mil veces colarme en la cabaña de Izan, pero pensé que me quedaba muchos días por delante.



## Capítulo 7



Me desperté tarde, increíblemente tarde para lo temprano que me solía levantar, no llegaba a las diez, pero para mí eso era mucho.

— Buenos días, bella durmiente — Margot ya estaba poniéndome el café cuando me escuchó bajar por las escaleras.

— Increíble, no entiendo cómo dormí tanto.

— Tu cuerpo lo necesitaba — me puso la taza sobre la mesa y se puso con las tostadas. — Tus padres se fueron bien temprano, a las seis los sentí marcharse, ni tiempo me dio a ponerles un café.

— Seguro que ellos se lo pusieron — reí.

— Sí, la cafetera estaba aún caliente y con un poco de café que aproveché para tomarme yo. Echo mucho de menos a Ely — dijo con tristeza.

— Y yo, ha sido un palo muy fuerte.

— Demasiado...

— Bueno, siempre nos quedaremos en el recuerdo de su contagiosa sonrisa.

— Y su ironía, en eso no había quien la ganara.

— Sí — rio recordándolo.

— ¿Qué vamos a comer hoy?

— Pues voy a preparar una carne de buey con patatas bien fritas, como te gusta, un buen trozo para cada uno, prepararé para Alan, Alvin, Izan y para nosotras.

— Perfecto, yo te ayudaré a preparar la mesa. ¿Qué te parece si comemos en el patio de la barbacoa?

— Genial.

— A las dos tendré la comida lista.

— Vale, yo se lo digo a todos.

— Tranquila, vendrán a por su café o cerveza de media mañana — puso los ojos en blanco. Por cierto, te quería pedir un favor.

— Claro...

— Si podrías llevarme mañana o pasado un momento a Nebraska, quiero ir a comprar un poco de mis cosas a la perfumería principal, me estoy quedando sin mis desodorantes, geles y cosas que ya sabes que me gustan.

— Genial, además quiero ver un perfume más fresco para ahora en verano, el que tengo es más intenso, para el frío, si quieres vamos mañana en un salto después de desayunar.

— Vale. Esta noche dejaré preparada la comida de mañana, así no me voy preocupada.

— Para mañana podrías hacer una carne guisada con patatas, te queda riquísima, se puede dejar preparada esta noche.

— Pues sí, buena idea me has dado, mañana cuando vuelva la caliento, le echo las patatas y listo.

— Me voy a ver a Trueno — dije levantándome.

— Vale, cariño, luego nos vemos para comer, cualquier cosa que necesites aquí estoy.

— Como siempre — reí.

— ¿Dónde voy a estar mejor? Esta es mi vida.

Salí de allí y me fui a buscar a Izan, que estaba con los caballos. Al verme se acercó a la valla y se sentó sobre ella.

— ¿Qué tal preciosa?



— Me levanté tarde, — negué con la cabeza riendo — acabo de terminar de desayunar.

— ¿Tarde? No es tarde, aún tienes el horario de cuando estudiabas, ahora debes aprovechar para levantarte cuando te plazca.

— Me gusta levantarme temprano, pero está claro que me sentó bien quedarme un poco más de lo habitual. Por cierto, hoy comemos en el patio de la barbacoa, Margot va a preparar unos trozos de buey con patatas.

— Qué rico, además cocina muy bien.

— Cocina genial.

— Ya se fueron tus padres...

— Sí, bien temprano, por lo que me dijo ahora ella.

Estuvimos charlando un rato y luego me fui a ayudar un poco a Margot, estaba haciendo los filetes en una plancha en el exterior, que tenía hornillos donde a parte estaba friendo las patatas.

— Ely me dio un joyero con sus cositas de oro antes de morir, me pidió que te lo entregara, a mí me dejó esta medalla con la cadena, no me la quitaré nunca.

— Ay, no me digas eso — me puse triste.

— Te la dejé en el cajón del aparador que hay en la entrada de tu habitación.

— Gracias.

Un rato después fueron apareciendo y nos sentamos en la mesa a comer, la carne. Estaba perfecta, jugosa, por fuera bien hecha, como me gustaba a mí.

Izan me miraba con disimulo, pero lo hacía constantemente, buscaba mi complicidad y yo por supuesto me sentía muy especial.

¡A la mierda! Pensé cuando me eché para atrás sin acordarme que no estaba en una silla, sino en una banqueta.

Corrieron Alvin e Izan a levantarme, yo los miraba desde el suelo llorando de la risa y haciendo gesto de que esperasen.

— ¡Levantadla! — exigió asustada Margot.

— Tranquila, solo miro las estrellas.

— Sí, sobre todo las estrellas — dijo Izan jalando de mí.

— ¿Sabéis ese dicho que dice que la tierra me trague? Así me siento yo — me senté cómoda.

— La tierra que nos trague a nosotros como te pase a ti algo — dijo Alvin muerto de risa.

— Eso es otra — respondió Margot.

— Qué exagerados sois — negué con la cabeza.

Todo me pasaba a mí, eso era indudable. En ese momento me sentía estúpida, pero veía la cara de Izan y se me pasaba, él no se reía de mí, se reía conmigo y eso era lo que más me gustaba de él como persona, los valores tan inculcados que tenía.

Tras la comida fui a mi habitación, cogí el joyero del aparador y me senté sobre la cama, comencé a llorar a ver sus pendientes, anillos, joyas que se había comprado durante su vida, me causó mucha emoción que quisiera que las luciera yo.

Me puse unos pendientes de oro, con una perla blanca, me quedaba genial, me recordaba tanto a ella que era imposible no llorar, al igual que un anillo que ella llamaba medidor, ancho y aplastado con unas impresiones de relieve.

Me eché un rato sobre la cama, me quedé dormida y por tarde me fui a buscar a Izan. No lo encontré por ningún lado, así que llamé a la puerta de su cabaña y me abrió, su rostro era triste.

— ¿Te pasa algo? — pregunté preocupada mientras me ofrecía pasar.

— Nada, no te preocupes — besó mis labios.

— Nada no, te pasa algo, te lo noto en el rostro. ¿No me lo puedes contar?

— No me apetece ahora hablar sobre ello — me ofreció una cerveza.

— Izan, deberías confiar en mí, estoy a tu lado, no en frente.

— Es algo del pasado...

— ¿Alguna mujer? — pregunté bromeando.

— Nada que ver — me abrazó fuerte.

— Izan... — dije con tristeza.

— No te preocupes, lo solucionaré, mañana necesito ir por la mañana a Nebraska.

— Yo voy con Margot, puedes venir con nosotras.

— Vale, iré con vosotras y aprovecho para ir a hacer esa gestión al banco.

— ¿Problemas financieros?

— Cuando fallecieron mis abuelos vendí el rancho y pagué sus deudas, deudas que les quedaron, yo me fui sin un duro, pero quise dejar todo limpio. Ahora me llegó una carta de un impuesto de la venta, me piden veinte mil dólares, solo me dio tiempo a reunir este tiempo doce mil dólares. Cobro bien gracias a dios aquí, pero no me llega para la deuda, así que hablaré en la oficina a ver si me pueden dar un préstamo.

— No, yo tengo dinero y mis padres te dejarían lo que quisieras, no hagas eso.

— No os metáis, por favor, déjame arreglarlo a mí.

— Izan, no seas bobo, estamos aquí en familia, para nosotros eres parte de ella.

— De verdad, prométeme que no harás nada.

— No te voy a prometer nada.

— Keira — me agarró la cara y me miró fijamente — déjame encargarme de mis problemas, por favor — dijo con tristeza.

— Está bien.

Nos besamos y tomamos esa cerveza. Él sonreía, pero se le notaba triste, nervioso, luego de un rato me dijo que iba a preparar unos sándwiches, le dije que por supuesto, pero que iba a cambiarme y ahora venía, quería ponerme cómoda.

Fui a mi habitación y llamé a mi padre.

— Hola, mi vida. ¿Todo bien?

— Papá, tengo que contarte algo.

— Dime, me preocupas.

— Es Izan, le pasó algo.

— ¿Está bien?

— Sí, pero le vino un problema gordo.

— ¿Qué tipo de problema?

— Si se entera que te lo conté no confiará más en mí.

— Jamás diría nada, pero explícame a ver si te puedo dar una solución.

— Le han reclamado una deuda de veinte mil dólares de sus abuelos, de cuando vendió su casa, tiene reunido doce mil, mañana va a Nebraska a pedir al banco un préstamo...

— Vida, yo le doy el dinero por supuesto, le descuento un poco todos los meses y no paga intereses.

— No quiero, es el problema, me hizo prometer que no diría nada.

— Se me ocurre algo... ¿Dices que mañana va al banco?

— Sí.

— No le permitas ir antes de la diez, que me dé tiempo a hablar con James, — se refería al director — le voy a contar el tema y que cuando llegue le diga que por ser cliente le dan un primer préstamo hasta veinte mil dólares sin intereses, yo le daré una autorización para el traspaso de dinero a su cuenta de lo que él pida, ya nos apañamos de qué forma camuflamos para que no se dé cuenta. Le diré que le diga que tiene cinco años para devolverlo de la forma que quiera.

— ¿Harías eso? — lloré emocionada.

— Se lo merece, además es parte de nuestra familia.

— Gracias papá.

— Recuerda, que no vaya antes de las diez.

— Tranquilo además como voy con Margot a llevarla a su perfumería, retraso la salida.

— Perfecto.

— Te quiero, papá. Saluda a mami.

— Lo haré, cariño.

Salté de alegría, no podía tener mejores padres, eran de lo más comprensivos, no me daba miedo nunca comentarles nada, nunca estuvieron a la defensiva.

Me puse un pijama corto de tirantes, de dos piezas y volví a la cabaña.

— Estás preciosa — dijo al verme.

Los sándwiches estaban deliciosos, me recordaban a los que comía en Francia cuando estuve visitando aquel país europeo.

Tras la comida, me cogió en brazos y me sentó en la barra de la cocina, comenzó a desnudarme y me dejó sin nada, ante él, con esos ojos de deseos con los que me miraba.

Comenzó a tocar cada poro de mi piel, a besarlo, a acariciarme, me penetró como solo él sabía hacerlo, me encantaba sentirle dentro de mí mientras entraba y salía de esa forma, sin dejar de mirarme a los ojos.

— Vas a dormir conmigo — dijo levantándose después de aquel acto y llevándose a la cama.

— Acepto — sonreí.

Y así fue como nos fuimos a la cama, a dormir abrazados, lo notaba agobiado a la vez que se desvivía en caricias hacia mí.

Por la mañana nos levantamos y preparó un café, desayunamos y se fue a preparar los caballos mientras yo me preparaba para ir a Nebraska.

Me tomé otro café con Margot.

— Te vi salir de la cabaña — rio.

— Fui a darle los buenos días.

— Sí, ya...

— No seas mal pensada — puse los ojos en blanco.

— Al revés, pienso genial.

Nos reímos un rato, ella era así, pero me encantaba, su forma de ser era de lo más divertida, nos compenetrábamos muy bien.

Me cambié de ropa y nos fuimos los tres a Nebraska, nosotras a la perfumería y él al banco.

Nos dio el encuentro un rato después, seguíamos haciendo compras por la ciudad, así que volvimos al rancho y lo acompañé al establo mientras Margot preparaba la comida del día anterior, solo le iba a echar las patatas y listo.

— Te veo sonriente. ¿Te fue bien?

— Ya pagué la deuda — su cara era de felicidad.

— ¿De verdad? ¿Tan pronto?

— No me lo podía creer, llegué me presenté al director, le comenté el problema y miró mis cuentas y me dijo que tenía un primer préstamo a mi disposición de hasta veinte mil dólares, sin intereses, vamos, ni me lo podía creer.

— Eso es genial.

— Me quería dar los veinte, le dije que no, tenía doce mil en la cuenta, que necesitaba solo ocho mil, total, cobro en estos días y no me hacía falta más, pero el director se empeñó en que no dejara la cuenta a cero, así que me dio diez mil y él mismo se encargó de hacerme el pago, me dio el justificante. En cinco meses lo devolveré sin problemas.

— Me alegra mucho, Izan — lo abracé emocionada por lo bien que había salido todo.

Ya se le notaba el rostro relajado, la paz mental que tenía antes, eso me hacía feliz, además que, por él ahora mismo, daba lo que fuera, se lo merecía, era especial, noble, una gran persona y hasta notaba por momentos que se podía convertir en el amor de mi vida.

Volvimos a comer todos juntos, esta vez en la cocina, en el exterior hacia demasiada calor, así que nos metimos a resguardarnos en la casa, luego él se fue a preparar a los caballo de nuevo y yo me volví a la habitación.

En esos momentos me llegó un mensaje de Silvia, mi compañera de apartamento en la universidad.

Silvia: Te echo de menos petarda. ¿Qué tal en el rancho?

Yo: Me he enamorado...

Silvia: ¿Qué dices? ¡Cuenta!

Yo: Llegué aquí y conocí al nuevo domador de los caballos, un chico de lo más tierno, sensual, guapo...

Silvia: Dime que te lo has tirado. ¡Porfi!

Yo: Varias veces jajaja

Silvia: Eres mi ídolo.

Yo: ¿Por qué no te vienes unos días al rancho?

Silvia: Eso te iba a decir, me apetecería salir de aquí unos días.

Yo: Pues no lo pienses.

Silvia: Decidido, en unos días me tienes allí.

Yo: Pues te esperan vinos, cervezas y aventura.

Silvia: ¿Me enseñarás a montar a caballo?

Yo: Eso no lo dudas...

Silvia: Miro vuelos y te digo algo mañana o pasado.

Yo: Genial, me hace feliz tu visita.

Silvia: Y a mí verte.

Me emocionaba la idea de que se viniera al rancho unos días, llamé a mi padre para ponerlo al tanto de todo.

— Dime hija, ya me dijo el director que salió genial.

— Sí, papá, gracias, ya está muy relajado.

— Se lo merece.

— Te quería comentar algo.

— Dime, hija.

— Me escribió Silvia.

— ¿Le pasa algo?

— ¡No! — reí — Es que va a venir a verme posiblemente la semana que viene.

— Eso es genial, ya sabes que tiene el cuarto de invitados a su disposición.

— Bueno, conociéndola se mete en mi cama — solté una carcajada.

— Como queráis, pero me agrada que venga a verte.

— ¿Como lo estáis pasando?

— Bien, tu madre no suelta el vino desde que llegó.

— Hace bien, que se beba unos por ella y otro por mí.

— Tranquila que lo hace, va a buen ritmo — rio.

— Bueno, le mandas besitos y le dices que la amo, bueno os amo.

— Nosotros también, hija. Cualquier cosa me llamas.

— No lo dudes.

Me tiré toda la tarde allí, miraba por la ventana de vez en cuando y veía a Izan, me daban ganas de tirarme por la ventana y comerlo a besos, sonreía al pensar en esos sentimientos que despertaba en mí.

Los siguientes días los pasé durmiendo con él, hacíamos mucha vida juntos, por el día comíamos con Margot y los chicos, por la noche lo hacíamos en la cabaña.

Silvia me confirmó que llegaría el martes, mis padres lo hicieron el sábado, venían felices, lo habían pasado en grande y trajeron regalos para el capataz, Alvin, Alan, Izan y para mí, siempre tan generosos, tan llenos de vida, tan buenas personas, a pesar de tenerlo todo eran de lo más humildes que había conocido.



## Capítulo 8



Y llegó el día en que aterrizó Silvia y yo la esperaba en la terminal, nada más vernos corrimos la una a la otra y nos abrazamos.

— Te eché tanto de menos, Keira.

— Y yo a ti, mi niña.

— Y qué ganas tenía de salir de mi casa, mis padres llevan un mal rollo impresionante, están condenados al fracaso matrimonial, no sé cómo aún aguantan.

— Es una lástima vivir así — dije arrancando el coche.

— Bueno y tú... ¡Enamorada!

— Eso parece, no sé ni lo que somos, solo sé que me tiene totalmente en una nube. Por cierto, mi padre prepara esta noche una barbacoa para todos.

— Barbacoa en un rancho, ni en mis mejores sueños — dijo emocionada.

Paré en Nebraska para tomar una cerveza, en la taberna de un amigo de toda la vida, Robert, un chico de treinta y ocho años que era un amor de hombre, le tenía un cariño especial, al vernos aparecer saliendo de la barra para darme un abrazo.

— Ella es Silvia, mi compañera de piso durante la carrera.

— Encantando, Silvia — le dio dos besos. — Yo soy Robert.

— Encantada — dijo con cara de asombrada.

Nos puso dos cervezas y nos sentamos en la barra.

— Este tipo está de muerte, lo quiero para mí — dijo en mi oído. — ¿No va a la barbacoa?

La miré aguantando la risa y luego miré a Robert, que estaba fregando unos vasos.

— Robert, esta noche mi padre hace una barbacoa de bienvenida a Silvia. ¿Te apuntas?

La cara de mi amiga era un poema, quería morir de la risa, pero aguantamos.

— Esta tarde salgo a las seis, viene mi hermano de noche, así que me apunto — dijo ante el asombro de Silvia.

La taberna era de él y de su hermano, la abrieron hace varios años y siempre le fue genial.

— Pues a partir de esa hora a la que quieras.

— Allí estaré — sonrió.

— Y yo, y yo — dijo Silvia mientras daba un gran trago.

Nos fuimos y quedamos en verlo en el rancho, nos montamos en el coche y mi amiga iba de lo más feliz.

— Ese tío es impresionante, por favor, que preciosidades posee este estado — suspiro

— Es un gran chico, tuvo una relación con Stacy, de aquí de Nebraska, estuvieron como siete años y justo cuando pensaron en casarse, ella lo dejó por otro, le costó mucho recuperar la sonrisa, pero ya está bien.

— Pues que estúpida esa tía, perder un chico así.

— Pues sí, pero en la viña del señor...

— Hay gilipollas por todos lados — dijo provocando una risa en las dos.

Llegamos al rancho y mis padres la recibieron encantados, la conocían y les causaba mucha felicidad verla allí, al igual que Margot, que rápidamente se presentó y la comió a besos.

— Papá, esta noche vendrá Robert, el de la taberna.

— Qué bien, hace tiempo que no charlo con él, estupendo.

Llevé a Silvia a la buhardilla, por supuesto no aceptó la habitación de invitados, ella quería estar a mi lado, así que ahí se instaló, pero ya le advertí que alguna noche dormiría con Izan, cosa

que entendió, de todas formas se quedaría ahí en mi habitáculo, ese que tanto le gustó al conocerlo.

Bajamos a comer con todos, le presenté a Izan, los dos conectaron bien desde el primer momento, nos pasamos toda la comida charlando y contando aventuras vividas en la época universitaria.

Luego le enseñamos los caballos, nos metimos un rato en la piscina las dos charlando y así pasamos la tarde, ella no paraba de decirme que Izan era de otro planeta, pero a la vez sonreía pensando que volvería a ver a Robert más tarde.

Cuando fuimos a ducharnos y vestirnos, la preparé al más puro estilo rancharo, ella se veía feliz, ese cabello dorado sobre la camiseta a cuadros le sentaba genial, además era precioso, con unas pecas que la hacía de lo más favorecedora.

Llegó Robert, saludó a todos, incluido Izan, ya lo conocía de haber ido alguna que otra vez a Nebraska y haber parado en su taberna, así que todo fue muy natural y divertido, mi padre comenzó a repartir vinos y cervezas, la música, carne, el ambiente se hizo muy especial.

— Entonces eres de California — dijo Robert sonriendo.

— Sí, pero a partir de ahora sí tengo que ser de Nebraska, lo soy — dijo a modo descarado, levantando la copa y produciendo una risa en Izan y en mí.

Ya estábamos los cuatro solos, se habían ido todos a dormir.

— En Nebraska seguro que eres bien recibida — dije para presionar más un poco la situación.

— Estoy de acuerdo con ella — dijo Robert ante la sonrisa de Izan.

— Y que no estés de acuerdo, pobre de ti — soltó Silvia con descaro.

— ¿Hasta cuando te quedas? — preguntó Robert.

— Pues aún no tengo billete de vuelta, hasta cuando me aburra o me echen — se encogió de hombros.

— Nunca te echaríamos, pero como te quedes mucho, te trasladas a la otra habitación — dije en tono amenazante.

— ¿No hay cabaña para mí? — preguntó bromeando.

— Claro, la que queda libre — le saqué la lengua.

— Pues no la veo — dijo mirando hacia ellas y viendo a cada cuál pertenecía cada una.

— Por eso — solté una carcajada.

— Qué mala eres — negó con la cabeza.

— Tranquila, si hay que ponerte una, se te pone. Pero claro, te repito, tienes disponible la habitación de invitados, es gigante, comfortable...

— No me pienso ir por ahora de tu buhardilla — dijo señalándome con la mano que sujetaba la copa.

— En mi casa también tienes hueco — levantó la ceja Robert mientras lo soltaba.

— Mira, ahí no me importaría irme unos días — sonrió con descaro.

— Pues cuando quieras — su mirada era un poema, yo estaba que moría de la risa, al igual que Izan, que escuchaba sin dejar de sonreír.

— Lo pensaré — sonrió con doble sentido.

— Por cierto, mañana por la noche trabajo, podríais ir los tres...

— ¡Hecho! — dije sin pensarlo mirando a mi amiga y a Izan.

— Por mí perfecto — dijo mi chico.

— Por mí, firmo ahora mismo — respondió Silvia.

Estuvimos hasta las tantas, luego nos despedimos de ellos y me fui a dormir a la buhardilla con Silvia, era su primera noche y estaba feo dejarla sola.

— Me encanta Robert — dijo tirándose en la cama.

— Es un caramelo — reí.

— Al igual que Izan, vaya hombre.

— Ese es el mejor — dije sonriendo mientras miraba por la ventana la luz de su cabaña.

Nos quedamos dormidas rápido, estábamos agotadas del día que habíamos tenido, pero felices, estábamos juntas y eso a nosotras nos daba vida.

## Capítulo 9



— Buenos días — dije al verla mirando por la ventana.

— Buenos días, esto es vida, vaya vistas, que paz, no sabes la suerte que tienes...

— La verdad es que sí, ahora vamos a bajar a desayunar, luego subimos a cambiarnos.

— Genial, me muero del hambre — dijo dándome un abrazo.

Bajamos, en la cocina estaban mi madre y Margot, nos recibieron sonrientes.

— ¿A qué hora terminasteis la fiesta? — preguntó mi madre.

— Ni idea — dijo Silvia.

— Creo que sobre las dos... — dije dudando — Hoy nos vamos a la taberna de Robert, con Izan también.

— Vaya planazo, veréis lo bien que lo pasáis.

— Bueno, el estar aquí ya es una pasada, tenéis una vida envidiable — dijo Silvia.

— ¿Te gusta este tipo de vida? — preguntó mi madre sonriente.

— ¿Y a quién no?

— Bueno, — intervine — hay mucha gente que prefiere la ciudad, el caos, no podrían vivir aquí.

— No saben lo que es vivir — puso los ojos en blanco.

Tras el desayuno fuimos a ducharnos y cambiarnos, luego vimos a Izan en el establo y Silvia se empeñó en montar a caballo, por supuesto la ayudamos, él llevaba la cuerda con las indicaciones y yo no dejaba de echarle fotos para que la subiera a las redes, esas que tanto le gustaban.

Pasamos toda la mañana con él, con los caballos y luego comimos con todos en la cocina, más tarde nos fuimos a descansar, caímos redondas.

Por la tarde nos preparamos y fuimos con Izan a la ciudad, directos a la taberna. Al vernos, Robert se acercó a nosotros sonriendo y feliz, se le notaba que le había puesto contento nuestra llegada.

No me imaginé que esa noche terminaría así, yo en la barra coqueteando y besando a Izan animadamente mientras bailaba las canciones que sonaban y Silvia, bueno, ella en la barra con Robert, se empeñó en ayudar y se pasó toda la noche bailando a la par que servía copas y le echaba mil indirectas al chico.

— Otras dos cervezas por aquí — dijo poniéndola frente a nosotros y acercándose por encima la barra — Estas también la invita la casa, no se vaya a pensar míster simpatía que yo voy a currar por la cara — Izan y yo nos reíamos negando con la cabeza.

— Silvia, para, relájate, que vas a echar a arder esto — resoplé.

— A arder dice, esto no ha hecho más que empezar — soltó una carcajada en seco y me comencé a temer lo peor.

— Silvia... — me la veía venir y ya le había hecho efecto el alcohol.

— ¿Qué? — me sacó la lengua y se fue para el móvil que daba música a los altavoces.

En ese momento se me subió la sangre a la cabeza, me tenía lo peor y sí, esa música que sonaba al más estilo oeste fue interrumpida por una canción mundialmente conocida este verano...

Des-pa-cito, quiero respirar tu cuello despacito...

Izan me miró y se puso la mano en la cabeza, Robert se giró, pero ya no había nada que hacer, ya estaba en lo alto de la barra y todos los clientes siguiendo el ritmo de Silvia.

Robert sonrió negando con la cabeza viendo el ambiente que había liado en el bar, todos bailando, haciendo lo que ella hacía desde la barra, yo ya la conocía, no me cogía por sorpresa, pero joder, en la taberna de mi ciudad ya eran palabras mayores.

— Creo que hoy va a vender más que nunca — dijo Izan apoyado en la barra mientras la

miraba.

— Ya te digo, verás la sed que cogen todos estos con el bailecito de los cojones — solté una carcajada.

Lo peor es que cuando iba acabando la canción, iba diciendo por un micro que más tarde volvía con otra sorpresa y la gente aplaudiendo. En Nebraska bailando de forma latina era algo que me iba a quedar en la cabeza para siempre, uno de esos momentos que perduran por años en la memoria y te sacan una sonrisa.

— Le voy a proponer a tu amiga que se quede en la taberna todas las noches trabajando — dijo bromeando Robert acercándose a nosotros.

— Te echa a arder la taberna — me encogí de hombros.

— Le pongo dos bomberos a los lados — frunció el entrecejo.

— Mejor no te voy a decir lo que pasaría con ellos... — reí de pensar en ello.

— Jefe — dijo Silvia con sarcasmo acercándose a nosotros y dirigiéndose a Robert — ¿Has visto la de cervezas que hemos servido desde que monté el show?

— Sí — dijo Robert aguantando la risa.

— Pues la mitad ya se hubiera ido para el siguiente pub o taberna, pues es típico aquí que se vaya cambiando, pero como he dicho que voy a montar otro espectáculo en un rato... Ahí los voy a tener a rondas, de aquí no se mueve ni Dios, los demás lugares van a vender esta noche penas — sacó la lengua y se fue a seguir poniendo copas, feliz de la vida.

— Me la quedo, yo a esta me la quedo — dijo Robert señalándola con la cara.

— Veremos cuánto tardas en devolvérmela — reí con ironía.

Ella estaba feliz, estaba disfrutando, estaba desatada.

— Dime que no eres igual — dijo Izan aguantando la risa.

— ¿Yo? ¡Qué va! Anda, qué cosas piensas — puse cara de resignación.

Y así fue, llegó el turno del segundo show y aproveché que Izan estaba en el baño para subirme a bailar con mi amiga la de Gloria Gaynor “I Will Survive”, Robert no paraba de negar con la cabeza riendo y nosotras lo mirábamos cantando como si se nos fuera la vida.

Apareció Izan, mirándonos sin poder ni moverse de aquel pasillo que venía del baño, mirando al frente y poniéndose las dos manos en la cabeza para luego tocarse la barbilla y negar con la

cabeza, mientras andaba a su taburete de la barra.

Se apoyó en la barra mirando hacia arriba y yo cantaba mirando hacia él y señalándolo mientras él reía negando.

Y como no, Silvia prometió un último show más sorprendente y la gente se quedó a seguir bebiendo.

— Eres tremenda — dijo riendo cuando me acerqué a él.

— ¿Qué más da bailar aquí o un metro más arriba?

— No tienes remedio, pero tienes razón — no dejaba de sonreír.

— Vivir la vida, esos momentos forman parte de ese lema... — joder para ser inventada la frase me había quedado de lujo, lema incluido.

— Y la tercera canción, ¿vas a subir?

— Claro y tú también.

— No — dijo riendo con cara de negación total.

— Sí — reí de forma penetrante, sonriendo y afirmando con la cabeza.

— Nooo — dijo en voz baja y acercándose a mis labios.

Me beso con una risa floja, mordisqueando los labios y un rato después...

La balada de la película Ghost... los chicos se miraron y yo comencé a reír, pero en plan enamorada, la gente de la taberna comenzó a bailarla, Silvia fue a por Robert y consiguió subirlo a la barra.

— Somos los únicos que no vamos a bailar — dije mirándolo, sonriendo.

— No — se levantó me agarró y me puso a bailar con él.

Nada, por poco me desmayo, pero poca cosa, si algo jamás pude imaginar que fuera capaz de una simple balada moverla a ritmo tan sensual, con ese ritmo que desconocía que hubiera en él, me agarraba y me llevaba como si fuera una pluma, me miraba clavando esa mirada en el centro de mi estómago y revoloteaban a un montón de mariposas, aquello fue uno de los momentos más divertidos, románticos y pasionales que había vivido.

Cuando terminamos, dijo Silvia que por hoy ya no habría más show, pero que después de tenerla toda la noche dando espectáculo estaría muy feo que terminaran la noche en otro pub, cosa



que todos afirmaron y aplaudieron y se quedaron.

— Mañana me matan dos sicarios enviados por todos los compañeros de profesión — dijo Robert muerto de risa.

— No me extrañaría — dijo Izan llorando de la risa.

— ¿Y esa que hace otra vez con el micro? — pregunté flipando, Silvia otra vez en la barra.

— Su atención, por favor — dijo a todos los clientes. — Se me ocurrió la brillante idea, y sí, tuvo que venir una forastera — o sea, yo — para darle vida a este lugar y como os decía. ¿Qué os parece una fiesta del Oeste este próximo viernes? Todos vestidos de vaqueros, tanto los hombres como las mujeres y yo me encargo del show.

La gente comenzó a aplaudir y afirmar con las cabezas, entre vitoreo y palmas.

— Y otra cosa, — prosiguió Silvia — podéis invitar a los vecinos, amigos, primos y todo Nebraska.

Me eché a reír, a morro no le ganaba nadie, Izan no sabía dónde meterse y Robert se frotaba las manos, le molaba la idea y encima le aseguraba una buena clientela.

Nos fuimos de allí a las tres de la mañana, desde por la tarde que habíamos ido. Silvia volvía enfadada por no haberse quedado a dormir con Robert, mira que él se ofreció, pero ella por chula, se vino de vuelta y claro, ahora estaba jodida por su decisión, encima yo le había indicado que iba a dormir sola en la buhardilla, pero que yo esa noche dormía en la cabaña con Izan.

— Descansa — dije dejándola en la puerta de la casa.

— Sí, por qué vosotros poco descansaréis — nos sacó la lengua y se fue hacia arriba.

Llegamos a la cabaña y nos desnudamos tal y como entramos, teníamos ganas de desatar la pasión. Me cogió y rodeó mis pies en su cintura y me penetró del tirón, me apoyó sobre la encimera de la cocina y desatamos esa tensión sexual que arrastrábamos desde la taberna.

El día había sido de lo más divertido, lo habíamos pasado genial.

Esa mañana me levanté sobre las diez, Izan ya no estaba, me fui hacia la casa y estaba Silvia con Margot y mi madre en la cocina.

— Esta, que llega ahora de fiesta — dijo mi amiga con descarado bromeando.

— Le cogió gusto a dormir con Izan — soltó mi madre sin importancia.

— Dejadla, al menos tiene buen ojo — me hizo un guiño Margot.

— ¿Yo? Ni me meto, es mayor y sabe lo que hace, si disfruta y es feliz, adelante — dijo mi madre como siempre confiando en mí.

— Joder que alegría de familia tienes hija — soltó Silvia. — Mi madre se entera que duermo con alguien y me hace un interrogatorio de primer grado durante varios días — puso los ojos en blanco. — Me da tiempo a acostarme con doce esa semana y sigue preguntando por el que descubrió — nos echamos todos a reír.

— Seguro que tu madre lo hace por preocupación — dijo Margot para consolarla de algún modo.

— ¿Me estás diciendo que yo no me preocupo por mi hija? — preguntó mi madre aguantando la risa y con cara de alucinar.

— No hija, pero tú conoces a Izan, eso da una tranquilidad, a eso me refiero — puso los ojos en blanco.

— Ah, me creía — soltamos todas una carcajada.

— Yo me voy a echar de novio al tabernero, — se refirió a Robert — me voy a quedar en Nebraska, voy a meterme en la consulta que tú crees y curramos juntas — dijo sonriendo con indirecta.

— Ojalá, vamos, lo firmo ya — dije riendo.

— Ojalá, digo yo, pero ni en mis mejores sueños. Ahora tengo que buscar en septiembre trabajo y hasta no hacerme de un dinero y poder aspirar a privatizarme, me tengo que joder — dijo con tristeza.

— Pues yo te contrato — le saqué la lengua.

— Papá os la monta a las dos, de eso no os quepa duda, os deja el dinero y vosotras se lo pagáis poco a poco sin intereses, pues sé que no quiere que se le devuelva, pero al ser vuestro proyecto será una forma de que aceptéis.

— Me cago, me meo y hago mezcla, eso sería como tocarme la lotería, es que ya no me muevo de aquí ni para ir a recoger mis cosas — dijo bromeando.

— Lo vamos a hablar — la señalé con el dedo, para mí era una pedazo de idea y encima tener alguien cubriéndome si pasaba algo era genial.

— Yo si me dices que me ponga en pelotas lo hago, así que no hay nada que hablar, dime qué tenemos que proyectar y nos ponemos ya, vamos dejando las cosas listas, además tengo unos ahorros que me dan para alquilar una casa unos meses.

— ¿Alquilar una casa teniendo aquí tu habitación, a nosotras y todo? Estás loca, no te lo permitiríamos — dijo mi madre.

— Tampoco puedo tener tanto morro...

— No hay nada que hablar, en esta casa tienes tu otra familia, has vivido siete años con Keira y has compartido una parte importante de su vida, al igual que ella de la tuya y encima habéis estado en las buenas y en las malas, os habéis cuidado y os habéis apoyado. Esta es tu casa.

— Pues si es mi casa, todos a la calle — dijo señalando a la puerta y causando una risa a todos.

— Tampoco te pases, a ver dónde voy yo ahora — dijo Margot.

En ese momento entró mi padre y mi madre le explicó por encima.

— Tenéis mi apoyo, os ayudaré en todo, qué mejor que las dos a la vez, juntas, lo veo, de todas formas ella hubiera tenido que meter a alguien, así que empezáis juntas, lo trabajáis las dos y yo os ayudaré dejando todo listo para que solo se abran las puertas — dijo mi padre brindando todo su apoyo.

— Gracias papá — dije sonriendo.

— Gracias, gracias y gracias — dijo emocionada Silvia.

— Ya sabes que esa habitación es tuya y si necesitas una cabaña para ti, mando a traer una para que estés cómoda el tiempo que sea necesario, siente esto como tu casa.

— Cabaña y todo. ¡Muero! Entonces me quedo aquí toda la vida.

— Sin problemas — dijo mi madre y nos echamos todos a reír.

— Yo con esa habitación mientras reino un poco más, soy la más feliz del mundo — dijo Silvia, pero me da pena por vosotros.

— ¿Pena? De eso nada, alegría para la casa — dijo Margot y mis padres sonrieron.

— Hay un local muy bueno para las consultas, está reformado y no piden mucho, sería amueblarlo con el material necesario y listo, así que lo hablaremos estos días — dijo mi padre emocionado con la idea, aunque fingía hablar serio, estaba encantado de contribuir a ello.

— Me muero, vine de vacaciones y volveré para trabajar e instalarme en Nebraska — hizo el gesto de apretar emocionada los brazos — Con las ganas que tenía de salir de allí, desde que volví tengo un mal rollo, ese que se me quitó en cuando llegué a este lugar, esto es vida.

Esa semana la pasamos planeando, en el rancho relajadas, disfrutando de la piscina. Vimos el local y quedamos encantadas, mi padre ya se encargaba del resto y poco a poco lo prepararíamos, estábamos muy emocionadas con el proyecto e Izan nos animaba mucho.

Por las noches me iba a la cabaña, Silvia se instaló en la habitación de invitados, decía que cuando fuera a California sería para recoger sus cosas, que no llevaría para allá equipaje, ya no había quién la echara ni con agua caliente.

Habíamos ido una tarde a Nebraska a tomar algo a la taberna y comprarnos lo necesario para la fiesta del oeste, ya habíamos quedado en volver el viernes para ese evento que tenía tan pensado Silvia, según ella, pero conociendo iba a ir improvisando.

## Capítulo 10



Y llegó el día, Silvia y yo nos pusimos unas minifaldas cortas vaqueras, una camiseta de tirantes fino debajo y encima una camisa de cuadros con un nudo en la barriga, melena sueltas, botas de vaqueras y los labios rojos.

— Divinas, estamos divinas — dijo mientras tiraba un *selfie* y poníamos cara de misterio.

— Vamos, Izan ya está en el coche — lo vi desde la ventana sentado al volante.

Bajamos y ahí estaba él, con un sombrero de cuero, con esa cara que era para perder el sentido y esa mirada que se clavaba en toda mi alma.

Fuimos para Nebraska, Silvia estaba emocionada, se le notaba que le atraía mucho Robert, además de ese local que la llenaba de vida.

Era un pasada la de gente que se concentró en la taberna y hasta en la entrada de ella, en la barra atendiendo estaban Silvia, Robert y el hermano de este.

Izan estaba muy juguetón conmigo, esas miradas, esas caricias mientras charlábamos y esa...

— Su atención, por favor — ahí estaba Silvia de nuevo en lo alto de la barra y todos aplaudiendo. — Ahora vamos a bailar a ritmo de Coyote Dax y su tema “No rompas más”. ¡Vamos!

Y ahí comenzó el “No rompas más mi pobre corazón”...

Toda la taberna siguiéndola, a ritmo de los pasos que nos enseñó hace muchos años ese cantante mexicano, todos emocionados y de forma sincronizada.

Izan y yo bailábamos, por supuesto, y al terminar volvió a coger el micro...

— Muy bien, bailáis de lujo, pero hoy vamos a hacer un recorrido por diferentes épocas y países, — conociéndola esta era capaz de poner hasta flamenco, ya que fue a una academia a hacer un curso de baile español — es por eso por lo que os pido que ahora nos relajemos un poco después de la introducción y que, sin permiso de mi jefe, ahora, se van a servir un 2 x 1 en cervezas durante veinte minutos.

Todos se tiraron a la barra a pedir, Robert y su hermano Adam reían negando con la cabeza.

— Esta forra a los hermanos, ya lo verás — dijo Izan.

— Es que la idea es buena, ahora se beben dos cervezas y rápidas para que no se calienten y luego otro baile y a beber de nuevo — solté una carcajada.

— Veremos con lo que sorprende en un rato — reía feliz, se lo pasaba bien con nosotras y eso me gustaba.

Cuando vio que las cervezas se reducían, volvió a meter otra canción, esta vez para mi sorpresa la de Thriller de Michael Jackson, eso sí que fue un subidón, para ver a todos de vaqueros y vaqueras bailando por el rey del baile.

— Es buenísima — dijo Izan cuando terminó la canción.

— No sabes las que liaba en las clases de la universidad y lo mejor de todo es que nunca la pillaban — negué recordando mientras me mordía el labio.

— Trajo mucha alegría al rancho.

— Sí, eso dice mi madre.

Un rato después otra vez Silvia con el micro y en la barra.

— Una cosita antes de volver a bailar, ahora lo que yo considero la joya de la corona... Quería comentaros que mi amiga — me señaló y vi todas las miradas como se clavaban en mi persona — y yo, la aquí presente, en breve, al principio de la calle, junto a la Farmacia, abriremos una clínica privada donde pasaremos consulta general y algunas especialidades, así que como veréis, aparte de animadora, soy doctora — un tío se tiró al suelo haciendo la broma. — Usted levántese — dijo con descaro ante la risa de todos — que hoy no estamos de guardia — exigía con la mano que se levantara. — Lo que iba diciendo, que en breve esperamos vuestras visitas y que nos deis la oportunidad a la nueva generación de demostrar nuestras capacidades. — Todo el mundo comenzó a aplaudir. — Y ahora sí, prepararos para viajar a España.

No había escuchado esa canción en mi vida, pero parecía que algunos de allí sí, decía algo así como “dale a tu cuerpo alegría Macarena”. Todo el mundo con las manos arriba dando vueltas e

intentos de taconeo, yo estaba muerta de risa e Izan con cara seria aguantando la risa bailando a ritmo de Silvia.

Eso fue un momentazo, como los siguientes de la noche cuando sonó la mítica canción de Flash Dance “What a Feeling” o “Maghalena” de Carlinhos Brown, aquello más que una fiesta del oeste parecía un pequeño festival internacional.

A la hora del cierre, quedamos dentro los hermanos, Silvia, Izan y yo.

— Os forro, chavales, yo os forro — dijo Silvia emocionada sentándose encima de la barra.

— Esto es para ti — dijo Adam dándole un sobre a Silvia.

— No, yo no voy a coger dinero.

— Si no lo coges no te dejamos entrar más a la barra y has prometido el viernes a todos los asistentes una fiesta de piratas, así que más vale que lo cojas...

— Está bien — dijo cogiéndolo.

A nosotros ninguno de los dos días se nos cobró nada, no lo permitieron. Silvia y yo, cuando fuimos al baño, miramos el sobre y le habían dado doscientos dólares, eso estaba genial, reímos como dos niñas chicas.

— Aquí me planto todos los viernes y la lío, me saco un sueldo más al mes — rio.

— No está nada mal.

Salimos y nos despedimos de ellos, Silvia esta vez se quedó en Nebraska, Robert prometió llevarla al rancho antes de comer, él también se quedaría con nosotros, mi padre iba a preparar una barbacoa.

Izan y yo volvimos al rancho y nos metimos en la cabaña, como no, haciéndolo con la fogosidad que nos caracterizaba, ese hombre se había vuelto todo un potencial sexual y a mí me encantaba cómo me lo hacía, me tenía en una nube en todos los sentidos.

Un ruido de un camión y las voces de mi padre y el capataz hicieron que me asomara por la ventana de la cabaña, ya Izan no estaba, lo vi junto a ellos.

¡La hostia! Me dije a mi misma ¿Qué cojones era eso? Bueno sí, era una cabaña un poco más grandes que la de los trabajadores, con terraza en el buhardilla, era de dos plantas.

Salí con un camisón que tenía en la cabaña de Izan.

— Papá, ¿y esto? — la estaban colocando al final de todas, pero mirando a la casa principal, como cerrando un poco la recta.

— Es para ti y para Silvia, aunque sigas manteniendo la buhardilla de la casa principal, quería poneros esta cabaña de dos habitación para vosotras, tiene una cocina muy coqueta con todos los utensilios, además de su baño y salón, viene lista, espero que sea de vuestro agrado — yo estaba alucinando. — Imaginad que un día tenéis ganas de tomar el café aquí, preparar algo, no sé, quería que tuvierais vuestro propio lugar, aunque estéis entre las dos casas.

— ¿En serio? — me puse las manos en la cara.

— Claro.

— Silvia hace la mudanza hoy, — reí —va a flipar — estaba impaciente por entrar, pero la estaban colocando meticulosamente.

— Hice traerla ya montada del todo, solo le darán luz en un rato y listo, tiene todo amueblado y con todos los utensilios.

— Te amo — lo abracé. — Me da la sensación de que me voy a independizar — solté una carcajada.

— Bendita independencia que te pone cerca de nosotros — besó mi cabeza con cariño.

La casa imponía, era el doble que las demás, cuando por fin pude entrar me puse las manos en la cara, la cocina era preciosa, en madera envejecida en amarillo y verde, con una mesa para cuatro personas, pero espectacular, jamás vi algo así, con todo, vajillas, electrodomésticos, productos de limpieza, de higiene, increíble.

El baño amplio, con su bañera, mueble de lavamanos con dos compartimentos, una buena encimera, era una pasada.

Nuestras habitaciones a la derecha, frente a la cocina y el baño y en medio un gran recibidor.

Me quedé mirando mi habitación flipando, con su ventana hacia delante, como la de Silvia, con bastante espacio, era la parte que sobresalía de la casa, formando como una L, una cama de matrimonio en medio, un escritorio, dos estanterías y una tele pequeña colgando además de un gran armario y una cajonera.

El salón era en la parte de arriba, en la buhardilla, tenía dos sofás de color crema preciosos de tres plazas y una mesa camilla en el centro, una televisión grande colgando de la pared y un aparador de madera debajo, además de una mesa a un lado con sus sillas. La terraza era imponente, con una valla de madera, preciosa, al más puro estilo del oeste.



Silvia iba a flipar, eso para ella iba a ser un golpe de aire fresco, una nueva ilusión en su vida.

Me fui a desayunar y me puse a charlar con Margot de mi nueva cabaña, se veía preciosa desde la cocina, estaba muy emocionada.

Luego más tarde llegaron Silvia y Robert, se quedaron mirando la cabaña.

— ¡Es nuestra! — grité.

— ¡Mentira! — exclamó nerviosa.

— Vamos, os la enseño — Izan vino con nosotros también.

— Lloro, esto es una pasada. ¿En serio es para nosotras?

— Te lo juro.

— Hoy mismo me traslado aquí, esto es el mejor lugar para vivir, no me lo puedo creer, tengo ganas de ir a California a recoger mis cosas, me parece que iré el lunes y volveré el miércoles o jueves, ¿me acompañas? — juntó sus manos a modo súplica y miré a Izan que me sonreía afirmando para que fuera con ella.

— Está bien, luego cogemos los vuelos y nos vamos el lunes.

— ¡Bien! — chilló saltando de felicidad. — Tranquilo que el viernes estoy aquí para la fiesta de piratas, que tengo que recuperar el dinero de los vuelos — rio con descaro y nos hizo reír a todos. — Ahora vuelvo. Te dejo en buenas manos. — dijo a Robert — Me ducho, me cambio y en un abrir y cerrar de ojos me tenéis aquí — salió corriendo hacia la casa.

La barbacoa estuvo genial, el capataz estaba desatado, Alvin y Alan estaban con mi padre, mi madre y Margot en otro lado, mientras que Robert, Silvia, Izan y yo, estábamos apoyados en un barril de vino de esos de bodega que tenía mi padre colocado en varios puntos de la finca.

Comimos unas costillas que estaban deliciosas, algunas con sabor a salsa de barbacoa que nos hizo chupar los dedos, estuvimos toda la tarde de cervezas, ese día no trabajaba Robert así que se quedó allí tranquilamente.

— No veas cómo me lo hizo anoche y esta mañana — dijo Silvia en el momento que entramos al baño del exterior.

— Te saliste con la tuya — reí.

— Pero a él se le ve que le gusto — dijo en tono firme.

— Claro — reí. — Está encantado.

— Más lo estoy yo — dijo con gracia.

Volvimos donde los chicos, esta vez ya se habían ido todos menos mi padre, mi madre, Izan, Robert, mi amiga y yo. Mi padre estaba haciendo algo en la barbacoa y nos pusimos a su alrededor a tomar un vino, no sabía cómo aguantábamos tanto, pero ahí estábamos al pie del cañón.

— El lunes me voy con Silvia a California, la ayudaré a traer su equipaje, iremos con lo mínimo para volver bien cargada con dos maletas cada una.

— Eso está genial — dijo mi madre mientras mi padre sonreía feliz.

— Qué días más tristes vais a pasar sin nosotras — soltó mi amiga y todos rompimos a reír.

— Tienes razón — dijo mi padre.

Ese día nos dieron las tantas charlando, le dijimos a Robert que se quedara en la nueva cabaña para no conducir, aún nos quedaba noche, así que aceptó y por supuesto Silvia se fue a dormir con él cuando llegó la hora, al igual que yo me fui con Izan.

## Capítulo 11



— Buenos días — su mano acariciando mi entrepierna mientras me miraba.

— Buenos días. ¿Estás buscando algo? — dije cuando en ese momento noté sus dedos entrando en mi interior y con la otra mano sacándome las bragas.

— Sí, creo que está por aquí — dijo ahuecando sus dedos hasta el fondo y causándome un movimiento que rápidamente frenó con su mano sobre mi barriga.

— Qué raro que no te fuiste al establo aún — mi tono era con gemidos.

— Los domingos me los tomo con calma — introdujo otro dedo más sin dejar de mirar mi cara de excitación.

Los sacó y me tiró hacia él, que se puse boca arriba y me guio a sentarme en sus caderas, introduciendo su pene en mi interior.

Me puso a moverme a ritmo de sus manos que me guiaban apretando mis caderas, su cara de satisfacción y sus gemidos contenidos me hacían saber que estaba disfrutando tanto como yo, que cada vez gritaba más como loca.

Con Izan en el rancho todo comenzaba a asentarse en mi vida, no sabía cómo describir nuestra relación, pero estaba ahí y es lo que me importaba, consiguiendo que me sintiera feliz, completa que tuviera todo aquello que una mujer necesitaba poseer en su vida, tranquilidad en muchos sentidos.

Nos fuimos a desayunar a la cabaña nueva, llevamos pan que nos dio Margot, una cafetera recién hecha y cosas para poner a las tostadas.

— Me encanta este lugar — dijo emocionada Silvia, como tantas veces lo había dicho desde

que llegó.

Estábamos en la cocina desayunando, los chicos estaban muy bromista con nosotros por el tema de irnos a California, decían que seguro que dos surfistas nos volverían locas y nos quedaríamos allí.

Estos no se imaginaban que nuestras locuras eran ellos, que estaban ahí, que nos conseguían hacer felices y que ni una vuelta al mundo nos haría encontrar algo mejor de lo que ahora poseíamos.

Después de desayunar, Robert se fue, tenía que preparar cosas, ya que esa tarde trabajaba, ya quedamos en verlo el viernes siguiente en la fiesta pirata.

Silvia y yo pasamos el día preparando el viaje, llevábamos una bolsa de mano y dos maletas, cada una facturada vacía, para traerlas cargadas con sus pertenencias.

Por la noche me despedí de Izan, salíamos a primera hora y dormiría con ella en la buhardilla de la casa principal, a la vuelta teníamos pensado trasladarnos a la cabaña nueva.

Café en mano a primera hora, nos fuimos en mi coche al aeropuerto y cogimos ese vuelo a California.

Desde el primer momento que entré en la casa de sus padres, nos recibieron muy simpáticos y me agradecieron la oportunidad que le habíamos dado a su hija en Nebraska, pero el ambiente entre sus padres era chocante, cortante, había un mal rollo que me lo transmitían a mí.

Pasamos el día perdidas en una de sus playas, “Venice Beach” en Los Ángeles, llena de espectáculos callejeros de su paseo marítimo, necesitaba eso, sol, relax y playa, mucha playa. Por la tarde habíamos cogido un color impresionante, parecíamos marisco de lo rojas que nos habíamos puesto.

Esa noche salimos de copas, la verdad que nos apetecía todo menos encerrarnos en la casa con ese matrimonio que desprendían tanta mala energía entre ellos, como le dije a mi amiga, que para estar así ya deberían ir separándose.

Esos días, aunque fueron tres, eché mucho de menos a Izan, mi amiga también a Robert, no paraba de nombrarlo, veía a Robert hasta en sueños.

El último día, nos recorrimos el downtown de Los Ángeles, paseando entre sus impresionantes rascacielos, al igual que aprovechamos para visitar el Walt Disney Concert Hall, con una impresionante arquitectura contemporánea, pero ni qué decir que nada comparado con el Shopping, no quería llevar muchas cosas por todo lo que teníamos que coger de Silvia, pero no me pude contener en la zona del Fashion District.

El jueves por la mañana nos llevaron los padres de Silvia al aeropuerto, llevábamos las cuatro maletas grandes a reventar, al igual que las del equipaje de mano, tuvimos hasta que pagar

por sobrepeso.

Nos montamos en el avión y nos cogimos las manos emocionadas, sabíamos que partir de ese momento comenzaba como una especie de nueva vida para nosotras...

## Capítulo 12



Llegamos al rancho y vi a Izan acercarse a saludarnos, le dio dos besos a Silvia sonriendo y a mí me dio un gran abrazo, con mucho cariño, besando mi hombro y apretándome con fuerzas.

— Te eché mucho de menos — dijo en mi oído.

— Y yo, muchísimo — lo besé con fuerza.

Aparecieron mis padres muy felices dándonos la bienvenida, nos avisaron de que en una hora había comida en la terraza de la barbacoa.

Fuimos a la cabaña nueva a dejar sus cosas y las mías, habíamos pensado en instalarnos ya allí, yo me iba a ir llevando mis cosas poco a poco, dejaría también en la buhardilla muchas de ellas, aunque empezaría a hacer mi vida ahí con ella, quería conservar una parte de mí en la casa principal.

Ese día lo pasamos después de comer colocando nuestras cosas en la habitación de cada una, además habíamos comprado cosas para el salón, velas y algunas tonterías para el baño durante el viaje.

Izan nos trajo por la noche unas hamburguesas con patatas bien fritas, como me gustaba y cenó con nosotras, al día siguiente tocaba fiesta por la noche en la taberna así que nos acostamos todos pronto.

El viernes por la mañana me levanté y estaba Silvia preparando el café y el desayuno, mis padres se habían encargado esos días de llenarnos la nevera y despensa, eran unos amores, atentos a todo.

Me encendí un cigarrillo y me puse a tomar el café en los escalones de la entrada de la casa, con Silvia, pusimos las tostadas en medio de las dos.

— Me habéis cambiado la vida — dijo mirando hacia el establo donde nos saludaba Izan riendo.

— Y a mí, todo es diferente, aquí me encontré a Izan, ya volvía con mi carrera terminada, llegaste tú de seguido y encima a quedarte, eso para mí era lo más grande que me podía pasar, sabes que eres más que una amiga, eres mi hermana.

— Yo también lo siento así.

— Y ahora estaremos juntas, trabajaremos, haremos nuestra vida en Nebraska, no sé, me siento con una vida nueva, una vida que me gusta.

— Yo siento que me tocó la lotería — soltó una carcajada y se levantó a traerle un café a Izan que venía hacia nosotras.

Lo miré sonriendo, me dio un beso.

— Aquí estoy, tome usted— dijo Silvia dándole un café a Izan. — Recién hecho.

— Gracias, así da gusto saludar.

— Somos un chollo, el día que os deis cuenta os vais a enterar — soltó una carcajada.

— Tienes razón, estoy de acuerdo, sois un chollo — dijo Izan riendo. — ¿Como lleváis la mudanza?

— Pues mira, — dije sabiendo que iba a soltar una de las mías — estoy dividiendo la ropa de cada tipo en 3 partes, para dejar en la buhardilla, aquí y en tu cabaña — sonreí.

— Sabes que tengo un armario libre — sonrió emocionado.

— Mi armario — dije con autoridad.

— Por supuesto — ladeó su cara aguantando la risa.

— Esta noche nos convertimos en piratas... Avisados quedáis.

— Es verdad, Silvia y yo tenemos que improvisar, menos mal que aquí en casa hay muchos pañuelos.

— Pues yo solo pensé en un parche en el ojo — dijo Izan con una pequeña carcajada.

— Mientras no te lo pongas en los huevos... — Silvia y sus cosas...

Mi café salió disparado para la camiseta blanca de Izan, directo ahí, a dejarlo entre una especie de vaca o de mierda cayendo entre los cristales, pero quedó para verlo.

— Me había duchado — dijo señalando su camiseta.

— Pues te duchas otra vez — respondió mi amiga con toda su gracia.

— ¡Perdón! — dije poniéndome la mano en la boca y riendo por la que había liado.

— Bueno — dio un trago al café y lo dejó en la ventana — voy a cambiarme — se giró para ir a su cabaña. — Pero una cosa, — dijo girando su cara hacia nosotras que estábamos en el escalón aguantando la risa — lo del parche no me quedó claro. ¿Dónde me lo tenía que poner? — arqueó la ceja, sonrió y se giró.

— En los huevos, en los huevos — gritó Silvia ante mi risa y se lo veía a él negando con la cabeza mientras entraba a su cabaña — Niña, — dijo ya dirigiéndose a mí — anda que cómo has puesto al chaval, lo has puesto bonito, para matarte — hizo un gesto de indignación.

— Serás...

— Educada — sonrió con ironía — no como otras, que van escupiendo a los pobres chavales.

— Si, la chica de los modales — negué con la cabeza mientras ponía los ojos en blanco.

Ese día comimos en la casa grande, en la cocina con mis padres, Margot y los chicos comieron en la terraza, charlando sobre el planteamiento de la semana siguiente.

Por la tarde nos preparamos y nos fuimos a Nebraska, todos con un pañuelo en la cabeza, un parche en el ojo, unos vaqueros con una camiseta blanca de mangas cortas y un pañuelo en la cintura, así íbamos los tres y tan felices, nada de camisas anchas y pantalones tres tallas mayor, nosotros con glamour.

La taberna a las siete estaba a rebosar, aquello estaba hasta la bola, al igual que la entrada donde había barriles y la gente estaba ahí tomando sus copas, todos de piratas, eso sí, en aquel lugar eran todos muy predispuestos para ese tipo de cosas, se le veían que querían pasarlo bien, sin hacer daño a nadie.

La fiesta comenzó a las diez con la música de la banda sonora de la película “Piratas del Caribe” y Silvia con una espada luchando en la barra con Adam, el hermano de Robert.

Esas fiestas temáticas habían traído los viernes al pueblo un aire de frescura que estaba gustando mucho.

Cada hora volvía a sonar la misma banda sonora y Silvia se movía a ritmo de ella haciendo



como luchas o escapadas y todos los clientes hacían lo mismo, era impresionante como se divertían y la seguían, Izan y yo estábamos impresionados con la capacidad que tenía para divertir a todos.

— Y con esto quiero decir — subió a última hora de la noche a la barra de nuevo— que millones de gracias por venir y que si vosotros queréis organizamos otra para el siguiente viernes...

— ¡Sí! — gritaron todos emocionados.

— Pues la siguiente será de... — se hizo la interesante y dio aire de misterio — la fiesta de Donal Trump — todos vestidos de pollitos.

Ya la había liado, ya era todos llorando y aplaudiendo por las ocurrencias de Silvia.

— Es broma, — dijo muerta de risa — la próxima será de los años ochenta, vestidos de aquella época, con la música ambientada en aquella década.

La gente vitoreaba y aplaudía emocionada, se fueron marchando pues era hora de cierre, pero aquello había sido todo un éxito y Silvia volvió a cobrar por ello.

Se quedaba en Nebraska con Robert y al día siguiente comerían en el rancho, así que se repetía la jugada, ya que él no trabajaba ese día.

Izan y yo nos quedamos en su cabaña, jugueteando, dejándonos llevar por esa pasión que sentíamos el uno por el otro, pero que no tenía calificativo, éramos, estábamos y nos sentíamos felices con aquello a lo que no le llamábamos de ninguna manera.

Era feliz a su lado, sabía que mi mundo había comenzado de nuevo a su lado, como si dejara atrás una época de mi vida y comenzara con otra desde la aparición de él, era algo increíble que sentía de una manera clara.

## Capítulo 13



Cuando me levanté, Izan ya no estaba en la cabaña, me preparé un café y me fui con él en la mano a la mía y me senté en la puerta, mi padre se acercó.

— Esta semana os dejan la clínica por dentro terminada del todo, ya pondremos los carteles el mes que viene y se queda listo para la apertura en septiembre.

— Genial, papá gracias.

— No hay de qué, estoy deseando veros brillar, sé que la llevaréis muy bien.

— Lo intentaremos, sino nos tendrás que dar trabajo en el rancho — reí.

— No sucederá eso — me acarició el pelo y se marchó a la parte del ganado.

Me quedé ahí pensativa, con ganas de respirar un buen rato ese aire puro de primera hora de la mañana, pero entré a mi nueva cabaña a ponerme otro café y coger un cigarrillo para volverme a sentar ahí.

Aquel rancho era mi vida, aunque tuviera nueva cabaña, estuviera entre ella, la de Izan, mi buhardilla, pero todo estaba ahí, en esa finca, en ese gran rancho que habían levantado mis padres, con esta pequeña gran familia que lo eran todo para mí, además de Izan, que había conseguido dar más luz a mi vida, cuando ya era imposible brillar más, añadiendo el reencuentro a largo plazo con mi amiga, con la que soñaba que hiciera su vida aquí y se quedara para siempre.

Más tarde, llegaron Robert y Silvia, ya nos pusimos todos a comer en la barbacoa, la resaca había pasado con esa pastilla efervescente que siempre tomábamos, así que no nos costó volver a empezar a tomar vino.

— Mi padre me puso un mensaje esta mañana diciendo que ya se había ido de la casa, que en

breve le mandaría la demanda de divorcio — dijo Silvia a todos.

— Vaya, lo siento — dijo mi padre.

— No, quita, quita, que se separen ya, se están matando en vida, ya lo debieron de hacer hace mucho tiempo, además los dos trabajan, no tienen necesidad de aguantarse y si antes lo hacían por mí, ahora no tienen ni por qué preocuparse de eso.

— Te entiendo — dijo mi madre.

— Brindemos por ellos, — levantó la copa Richard — para que ahora encuentren una vida más feliz.

— Y que follen más y jodan menos — dijo mi amiga provocando un ataque de risa en todos.

— Efectivamente — dijo mi padre llorando de la risa.

Tras la comida, nos pusimos a beber copas, además de un chupito de esos de orujo español que compraba mi padre.

Veíamos irse a los jornaleros y entrar a los siguientes, la actividad en el rancho no cesaba en las veinticuatro horas.

Fuimos un rato a la piscina a bañarnos, la verdad es que apetecía, luego tomamos café con Margot y por la noche volvimos a encender la barbacoa, apetecía mucho estar ahí, esa noche solo cenábamos los cuatros, así cogimos las cervezas, pusimos algo de música de fondo y comenzamos a charlar de forma relajada, bromista.

— Quién me iba a decir a mí que iba a acabar aquí, viviendo en un rancho, montando con mi mejor amiga una clínica y teniendo un segundo empleo los viernes, de animadora para más inri, lo que no me pase a mí... — se puso las manos en la cara y comenzamos a reírnos.

— Y encima encuentras al hombre de tu vida — dijo Robert haciéndonos un gesto bromista con los ojos.

— Mira, — se quitó las manos de la cara — la que soy el amor de tu vida soy yo, además de tu creadora de fortuna — le hizo un gesto chulesco.

— Al final me harás rico y todo con tus fiestas temáticas, — se hizo el serio y estiro la mano — hasta lo veo — movió el cuello lentamente hacia a un lado a modo estiramiento.

— Verás que al final monto una taberna al lado de la tuya y te jodo la vida, así que más vale que me respetes, me pidas compromiso pronto con un buen anillo de esos de piedras preciosas y te dejes de poner en juego tu economía y estabilidad emocional — le hizo un guiño con chulería.

— Verás que me jodes la vida — dijo en plan sensual.

— Verás que me lio a hostias con todo Dios y nos dejamos de estupideces, aquí cada uno a lo suyo, — dije sofocada — este a los callos, tú a tu taberna y nosotras a la clínica.

— Perdona, pero los viernes por la noche tendré mi taberna como segundo empleo — dijo en tono de advertido.

— Por mí como si los sábados te vas a un bar de lucecitas, pero que nosotros no tenemos más negocios que la clínica, que no le vas a montar una taberna al pobre chaval al lado, que te veo peleando con él y jodiéndolo vivo — solté una carcajada y los demás también.

— ¿Me estás mandando a vender mi cuerpo?

— Te estoy mandando a la mierda, pero no te enteras — negué con la cabeza.

— Es que tienes una manera de vestir las cosas...

— Lo que tu digas, guapa. Toma otra cerveza y de paso, bebe y cierra el pico — le saqué la lengua y los chicos rieron.

— Eso, defenderla, como yo soy la fugitiva...

— La forastera, Silvia, la forastera.

— Eso, ya decía que me sonaba raro — dio un trago a la cerveza.

— También puedo ser la fugitiva, pues veréis, me fugue de mi casa porque no aguantaba a mis padres, además porque las condiciones que habíais ofrecido aquí eran muy suculentas — dijo haciéndose la interesante.

— Te estoy viendo venir — dije mientras Izan arqueaba la ceja y Robert sonreía.

— Venga, ¿y dónde quiero llegar?

— ¿Lo ves? Si es que te conozco — levanté la mano.

— Pues eso, que mañana es domingo y este trabaja por la tarde, podríamos ir en plan tranquilos.

— Claro — dijo Izan.

— Pues vamos, sí hay que ir, se va... — ladeé los labios.

— Por un lado tengo ganas de que sea septiembre, pero por otro no, pues trabajo una vez a la

semana, vivo de puta madre y no conozco el estrés de aquí, así que por un lado con ganas y otro como que no.

— Muy bien Silvia, veo que has fundamentado tu alegato — me puse la mano en la frente y la moví en plan masaje, con gesto de no poder con ella.

— Una que está preparada — sonrió con sarcasmo.

— Parecéis niñas chicas — dijo Robert mientras Izan afirmaba en señal de estar de acuerdo con él.

— Pero follamos como adultas. ¿Verdad? — soltó mi amiga con descaro provocando una risa cortada en los chicos.

— En eso creo que también estamos de acuerdo. ¿No, Izan?

— Totalmente — rio sonrojado.

— Menos mal, punto para nosotras — dije quedándome un poco más satisfecha.

Estuvimos hasta las tantas, Robert se quedó en la cabaña nueva con Silvia y yo me fui a la de Izan.

Por la mañana, desayunamos los cuatros y Robert se fue a Nebraska, yo y Silvia seguíamos en camisón de tirante fresquito, tipo camiseta. Quedamos en que por la tarde pasaríamos a verlo.

Era el día tranquilo en el rancho, era como una rutina la vida de Izan, de lunes a viernes se dedicaba todo el día a los caballos, aunque por las tardes aflojara, los sábados por la mañana hacia rutina y ya hasta el lunes, aunque los domingos les daba sus ojeadas y miraba que todo estuviera en orden.

Silvia se fue a descansar a la nueva cabaña y yo me fui a la cabaña de Izan, luego nos veríamos en la cabaña nueva que iba a preparar mi amiga una pasta para los tres.

— Cada día me vuelves más loco — dijo aparentando mis nalgas bien fuertes contra él y mordisqueando mis labios.

Me giró y me puso contra la parte de atrás del sofá que estaba despegado de la pared.

Metió sus manos por debajo de mi camisón y bajo mis bragas, dejándola caer hasta el suelo, me levantó la prenda hacia arriba y comenzó a besar mi espalda mientras sus manos iban desprendiéndose de su ropa.

Me la metió de una estocada, resoplé al notar ese miembro dentro de mí, con una de sus manos agarró la mía para que me la pusiera en mi clítoris y comenzara a tocármelo, luego se fue a mis

pechos y los agarró con fuerzas mientras salía y entraba de mí, yo pensaba que me iba a volver loca, chillaba cada vez más mientras él contenía esos gemidos. Llegamos los dos al orgasmo a la vez.

Me llevó hacia la ducha y comenzó a frotarme el gel con sus manos, respiraba con ligereza, yo me preguntaba si no había tenido bastante, parecía que no.

Sus manos resbalaban por toda mi piel, introducía sus dedos por mi vagina, se agarraba a mis pechos para luego esparcirlo por ellos. Yo estaba inmóvil, dejándome llevar ante el masaje que me estaba dando en forma de limpieza, jugueteaba con mis partes bajas volviéndome a producir esa fuerte excitación, olvidándome que había acabado de tener un orgasmo y sintiéndolo como si fuera el primero.

Terminé gritando de nuevo de placer, él fue aligerando el movimiento y terminé llegando ahí de pie, doblando mi cuerpo mientras él me agarraba para no caer.

Luego me agaché y comencé a lamerle, cada vez con mayor intensidad, conseguí con eso que él también tuviera su segundo orgasmo.

Nos duchamos ya de verdad y salimos al salón con las toallas en el cuerpo, nos sentamos en el sofá, yo con mis piernas encima de él.

— ¿Te puedo preguntar algo? — dijo mientras acariciaba mis piernas.

— Claro...

— ¿Has hecho algo más en la cama que lo que nosotros hemos hecho hasta ahora? — preguntó con sinceridad.

— Izan... — solté una carcajada — No hice nunca tríos y esas cosas, además si te digo la verdad, me acosté con varios, pero nunca se la chupé a nadie hasta ahora — puse los ojos en blanco.

— Me alegra saber que no estoy tan lejos de lo que conoces — rio con suavidad.

— ¿Qué te preocupa?

— Nada, pero como ahora está tan de moda el mundo del erotismo, los juegos y eso, pensé que estaba yo un poco a años luz de lo que conoces, solo eso. De todas formas, todo se puede probar.

— Por supuesto.

— ¿Serás mi sumisa? — soltó una sonrisa mientras me hacía un guiño.

— Claro. ¿Me vas a atar? — lo miré con descaro provocándole una sonrisas de esas que salen con fuerzas.

— Déjame sorprenderte algún día — me dio un beso y se dejó caer en mi barriga.

Había abierto mi toalla y ahí estaba, tirado en mi cuerpo desnudo, besándolo de nuevo con las misma ganas que hacía un rato. Bajó hasta mi entrepierna y las abrió, puso sus labios en mis partes y comenzó a lamerme con su lengua.

— Me vas a desgastar, deja algo para esta noche — dije entre gemidos.

— Shhhhhh, déjame una vez más — dijo con exigencia.

Y lo dejé, me hizo llegar al tercero y yo pensaba que no iba a poder dar un paso, mi cuerpo temblaba.

Luego, más tarde, nos vestimos y nos fuimos a la cabaña nueva, allí estaba Silvia cocinando la salsa de carbonara y cociendo la pasta, con un vino blanco en las manos.

Nos puso un vino al tiempo que estaba escuchando música.

— Os juro que me muero porque llegue el viernes de nuevo y hacer la fiesta de los ochenta en la taberna — nos puso el vino delante, en la mesa de la cocina.

— Te está gustando eso, se nota — dijo Izan riendo.

— Pues claro que le gusta. ¿No ves que es una payasa? — saqué la lengua.

— Yo payasa y tú aprendiz de ello — me devolvió la sacada de lengua y nos echamos a reír.

— Bueno chicas, no empecéis que ni el domingo os perdonáis — dijo Izan viendo que si no nos frenaba teníamos lengua para rato.

— Se va a librar porque estoy de buenas hoy — dijo Silvia en tono chulesco, pero bromeando como siempre.

Unos golpes en la puerta que estaba entreabierta.

— Adelante.

— Hola, chicos. Aquí os traigo unas croquetas para que la pongáis en la sobremesa — dijo Margot guiñándonos el ojo.

— Gracias — respondimos sonriendo todos a la vez.

— Bueno, pues luego os veo, me voy a poner allí la mesa — salió de la cabaña.

— ¿No es una monería? — dijo Silvia mirando las croquetas y refiriéndose a Margot — Esto con la pasta viene genial.

— Sí que lo es — afirmó Izan.

Comimos y luego nos sentamos en el sofá un rato hasta que nos fuimos a la taberna de Robert.

Así estuvimos julio y agosto, todos los viernes de fiesta montada por Silvia en la taberna, esa noche ella dormía en Nebraska, venían el sábado por la mañana y se quedaban hasta el domingo donde Robert se iba tras el desayuno y nosotros íbamos un rato por la tarde. Durante la semana dormía dos veces con Silvia, el resto de los días con Izan, cada vez estábamos más unidos y dependíamos más el uno del otro.

Así todo el verano, al igual que la relación de mi amiga y el tabernero se iba consolidando.



## Capítulo 14



Y llegó septiembre y la apertura de la clínica...

Ese día estábamos nerviosas, con nuestras consultas listas y con una lista ya de citas que no podíamos ni creerlo, habíamos contratado a Helen, una joven enfermera con tres años de experiencia en otra ciudad, pero al ver la posibilidad de tener este trabajo al lado de su casa, no se lo pensó y se vino con nosotras.

Las consultas eran de lunes a viernes por la mañana, el sábado y domingo estábamos de urgencia para una aseguradora, que en caso de que nos llamara acudíamos a la consulta y atendíamos el caso.

Los viernes por la noche seguían las fiestas temáticas en la taberna, con ellas se sacaba un extra, aunque la consulta el primer mes dejó ya unos altos beneficios, pero ella estaba feliz en su segundo trabajo, como ella decía.

Llegó el invierno y Silvia decidió quedarse a vivir en el pueblo, Robert le ofreció vivir con él en el piso, así que lo entendimos y nos puso feliz la idea, yo la tenía en la consulta todos los días y además los viernes seguiríamos saliendo juntas y comiendo los sábados en el rancho.

Yo hablé con ellos, me trasladé con Izan a la cabaña nueva y en la que estaba Izan la dejamos para invitados, para cuando quisieran Silvia y Robert quedarse, así que el día que Silvia se llevó las cosas nos trasladamos a ella, era mucho más grande, más confortable, más nueva, mis padres estaban encantados sabían de sobra lo que pasaba entre nosotros y lo respetaban, además de que lo apoyaban.

El trabajo en la clínica iba viento en popa, además teníamos plena confianza en Helena que hacía un trabajo ejemplar y tenía mucha capacidad para poner las citas en los momentos oportunos y llevar el tema de cobros.

Y llegó la navidad, ese momento que era tan especial todos los años, que nos gustaba preparar con tanto cariño.

La noche de nochebuena, como las demás comidas importantes de esos días, vendría Robert, su hermano y Silvia, ellos no tenían padres, así que como Silvia estaba lejos de los suyos y no tenía pensamientos de ir, la pasarían con nosotros.

Esa noche era el veinticuatro de diciembre, para mí comenzaba ahí realmente los días navideños, esa cena la preparamos en el salón de la casa, era realmente grande, con una mesa para 18 comensales.

Éramos todos los que vivíamos en el rancho más los chicos, todo arreglados, pero sin exagerar. Margot y mi padre se habían encargado de la cocina, habían preparado una mesa de lo más suculenta, no faltaba detalle, aquello era impresionante, canapés, una carne rellena, marisco que le habían traído a mi padre directo desde la costa, dulces, había de todo, además de los mejores vinos guardados para la ocasión.

— Con permiso quiero decir algo — dijo Izan ante el asombro de todos, levantándose y levantando su copa.

— Quiero agradecerlos a todos la acogida que recibí desde que llegué al rancho, el trato, el respeto, el cariño, el apoyo, me lo disteis todo, no podía estar más feliz, o creía que era imposible hasta que llegó Keira, la niña de mis ojos, con permiso de su padre. — lo miró sonriendo y el asintió con la cabeza — Decir que la amo es poco, es la alegría de mi despertar, la calma de mis sueños, la sensación de vida que me causa con solo ver que sonrío...

— Qué bonito — irrumpió mi madre lagrimeando.

— Me encantaría — se sacó algo del bolsillo y abrió la caja mirándome — pedirte que ahora que he conseguido pagar el crédito del banco y puedo reunir durante unos meses, que nos casaremos este verano, me encantaría que fueras mi mujer, no te puedo ofrecer mucho, pero sí apoyarte en cada decisión, cuidarte diariamente, respetarte y amarte cada día de mi vida.

— Yo me muero — dije poniendo mis manos en la boca y luego me quité una y la puse para que me pusiera el anillo. — Entre los dos trabajando podemos afrontar una vida juntos y yo la quiero — dije llorando emocionada y todos se pusieron a aplaudir.

— Sin ánimo de interrumpir este bonito momento, — dijo mi padre levantándose — quiero transmitir la aprobación por parte de su madre y mía. Como te prometimos, si te quedabas en Nebraska te haríamos una casa en el rancho y creo que es el momento de empezarla para que la tengáis lista para la boda.

— Papá, con la cabaña tenemos suficiente por ahora.

— Lo sé, pero yo quiero regalaros vuestra casa, así que no intentes quitarme la idea. Por supuesto la boda imagino que la celebraremos en el rancho.

— Por mí no hay problema, — dijo Izan — es más, no conozco mejor lugar.

— Pues dejadnos ayudaros — dijo mi madre sonriendo.

— Por supuesto.

Todos se pusieron a aplaudir y yo besé con fuerzas a Izan, no podía creer tanta felicidad, tanto en tan poco tiempo, estaba que no cabía en mí de felicidad.

Esa noche la pasamos comiendo, bebiendo, los chicos se quedaron en la cabaña de Izan y al día siguiente hicimos la comida de navidad.

El fin de año después de la cena, nos fuimos a la taberna todos, se abrió a las doce y media y se llenó a tope, la entrada del año en ese lugar estaba siendo de lo más animada y divertida, la gente no dejaba de bailar, al igual que Izan y yo, estábamos disfrutando de ese momento.

## Capítulo 15



El nuevo año lo comenzamos con fuerza, Silvia estaba muy feliz con la vida que había conseguido en Nebraska, no se podía ni imaginar lo que le cambiaría la vida cuando terminó la carrera.

Mi vida con Izan era de lo más bonita, no había un día que no me sintiera la mujer más afortunada del mundo y la obra de nuestra casa ya comenzaba a moverse, además en esos días iría a elegir vestido.

Una mañana vi muy preocupada a Silvia y en un descanso la saqué a fumar un cigarro y tomar un café a una cafetería que teníamos en frente, siempre dejábamos un hueco de treinta minutos para descansar y tomar algo.

— Te pasa algo, ¿verdad?

— Sí — su rostro era pálido.

— ¿Qué es lo que ocurre? — le pregunté con cariño.

El camarero vino a traernos los café y unas tostadas.

— Estoy embarazada, me hice antes la prueba...

— ¡Felicidades! Me la comí a besos ¿Y por qué esa cara?

— No me lo esperaba, pero llevaba días raras, pero no era el momento, no lo habíamos buscado, me da tanto miedo...

— No debes tener miedo y si viene, será el más afortunado del mundo, el capricho de todos nosotros, no debes temer nada.

— Tendré que dejar de trabajar los dos primeros meses y no me gusta esa idea.

— Dos o seis, los que sean necesario, ya buscamos a alguien que te sustituya, la baja la paga la aseguradora, no te preocupes, ya le devolvimos a mi padre lo que nos prestó, tenemos guardado dinero, ha sido demasiado en tan poco tiempo, no debes temer nada.

— No sé qué pensará Robert...

— Está feliz contigo, eres la mujer de su vida, se desvive por ti ¿Qué va a pensar? Pues será el hombre más feliz del mundo.

— Un hijo ahora...

— Algo maravilloso, eso sí, a mi boda irás con la barriga hasta la garganta — soltamos una carcajada.

— Ay Dios — se puso las manos en la cara.

— No te preocupes por nada... — la acaricié.

— Sabes que serás la madrina, ni decirlo tengo...

— Hombre, coges a otra y te mato, directamente te mato — reí.

Esa tarde me llamó con otro tono de voz, con ilusión, con respiro, Robert había recibido la noticia como la mayor bendición de su vida, le hacía mucha ilusión tener un hijo y más con ella, a la que tanto amaba y eso se notaba a leguas.

En esos días fui mirando vestidos con mi madre y Silvia, pero me costaba decirme, a todos le veía algo raro hasta que un día trajeron otra nueva colección y ahí estaba, sabía que era ese desde que lo vi, sabía que aquel vestido era todo lo que siempre había soñado, sabía que ese vestido sería el que luciría el día de mi boda.

La primera eco de Silvia confirmó que iba a ser niña, no dudaron en decir que le pondrían como la madrina, Keira, cosa que me emocionaba y mucho, esa niña era ya mi vida y aún no había nacido, iba a ser mi sobrina ahijada consentida.

Nuestra avanzaba a pasos agigantados, forrada de madera con una terraza grande arriba al estilo oeste, me encantaba, era una pasada, con cuatro dormitorios bien grandes, el salón, la sala, dos baños y una cocina espectacular.

Todo lo estaba pagando mi padre, no nos permitía soltar un duro, decía que era el regalo de ellos, la casa y pagar la boda, que nosotros siguiéramos guardando.

Una tarde fuimos Izan y yo a comprar unos regalos para el nacimiento de Keira, le compramos ropa de primera, chupetes de diseñadoras, biberones de última moda, pasamos una tarde quemando tarjeta para nuestra consentida y por la noche lo llevamos a casa de los chicos, que se quedaron emocionados y muy agradecidos, nos dieron las gracias mil veces durante la cena.

Esos meses hasta primavera fue todo muy precipitado, la casa se terminó, todo estaba listo y la boda fijada para principios de Junio, teníamos los nervios a flor de piel.

Comenzamos a vestir la casa a nuestro gusto, muy moderna, nada cargada, todo muy espacioso, sin aglomeraciones, daba más sensación de orden y limpieza.

Toda nuestra vida era dedicarnos a lo que amábamos y habíamos elegido, a disfrutar de nuestros momentos en la intimidad, de la finca, de esos viernes de fiesta temática y la felicidad de tener todo lo que deseábamos, no nos hacía falta más.

— Me gustaría que nos fuéramos de luna de miel — dijo Izan abrazado a mí acabados de levantar.

— Ya sabes que mis padres nos están insistiendo en ellos, eres tú el que no te fiabas de dejar los caballos en manos de nadie, pero ya sabes que el capataz y mi padre son capaces de hacerlo tan bien como tú, cabezón — dije besándolo.

— Pues lo he decidido, nos iremos de luna de miel... ¿Dónde te gustaría?

— No sé — reí nerviosa — Pienso en luna de miel y veo un lugar paradisiaco.

— ¿Playa?

— Sí, pero por otro lado tengo ganas de ir a alguna ciudad romántica, divertida, no sé, algo como Las Vegas.

— Pues decídetelo, yo me amoldo a lo que decidas, cualquier sitio me hará ilusión.

— ¿Y si nos vamos a un combinado de New York y Las Vegas?

— No suena mal...

— Bueno, lo pensaré estos días — lo abracé emocionada con la idea de preparar un viaje junto a él, irnos de Nebraska, nunca habíamos salido juntos.

La barriga de Silvia avanzaba considerablemente, ya faltaba poco para mi boda y dos meses después nacería Keira.

Izan siempre colocaba algo nuevo en la casa, un foco más, cualquier cosa, pero le encantaba inventar e ir haciendo alguna cosita que le venía a la mente.

Ya se acercaba el día de la boda, Izan y yo estábamos nerviosos, ilusionados, deseando que llegara ese momento, que hasta entonces no habíamos dormido nunca en la casa, la estrenaríamos esa noche y luego nos iríamos de luna de miel.

## Capítulo 16



Y llegó el día de la boda...

Esa noche yo había dormido en la buhardilla, Izan en la cabaña y Silvia con su chico en la cabaña de invitados, se iban a ocupar de ayudar a Izan.

Una peluquera y maquilladora vinieron de Nebraska, me maquillaron muy natural, pero los labios rojos.

El pelo suelto con tirabuzones, con un medio recogido hacia atrás abultado. El vestido llevaba debajo del pecho una cinta color Champagne al igual que la cinta que llevaba en la cabeza rodeando mi frente y que era muy fina, era de mangas muy cortas, con un escote cuadrado, ajustando hasta debajo del pecho, luego el traje caía ligeramente hasta abajo con un tejido firme, con pequeñas flores bordadas por toda la tela, donde llevaba unas botas de vaquera, muy bonitas, dándome un aire acorde con el lugar y la vida que llevaba, me encantaba la sencillez y la elegancia del vestido con un aire muy desenfadado.

Cuando todos me vieron se quedaron sonriendo, impresionados, sobre todo Izan, que me miraba y no podía dejar de llorar de la emoción, pero el rostro no lo fruncía, me miraba ilusionado, emocionado, pero sin dejar de sonreír.

Mi madre estaba a su lado y a mí me llevaba mi padre, que iba también hecho un mar de lágrimas, como todo los que estaban allí, que eran los del rancho, mis amigos y Adam, el hermano de Robert, nadie más, no quería una boda más que con los nuestros y el del ayuntamiento que tenía que officiar la ceremonia y llevarse las firmas.

Una ceremonia llena de reflexiones, de complicidad, de felicidad, llena de todo lo que habíamos soñado para ese día, en el que nos habían acabado de declarar marido y mujer...



Nos felicitaron, abrimos una botella de Champagne y brindamos, ahora comenzaba la fiesta.

La música comenzó a sonar y la comida a ponerse sobre la mesa, comenzaron a volar los vinos y cervezas, todos estaban felices. Adam se estaba encargando de immortalizar todos los momentos, no quise que viniera ningún fotógrafo, yo tenía una buena cámara y con eso era suficiente, más las fotos del móvil, no quería que estuviera nadie más que nosotros, los míos, era momento para estar con las personas que de verdad me importaban, el capataz, los encargados, mis amigos, mi familia en la que entraba Margot y mi ya marido, no tenía que haber nadie más.

En un momento comenzó a sonar una balada de Bon Jovi “Always”, se levantó y agarró mi mano, me sacó a bailar ese tema que no me esperaba por nada en el mundo y que más tarde me enteré de que le dijo a Silvia que lo pusiera, no podía haber sido otro que ese, era todo aquello que en ese momento necesita escuchar para recordar ese momento toda la vida.

Miré mi mano con la pulsera de plata vieja que me había dejado entre sus joyas Ely, me causó mucho añoranza, de alguna manera la sentía ese día ahí. De mi madre llevaba una gargantilla muy parecida a la pulsera, la llevó ella en su boda, así que me hacía mucha ilusión ponérmela yo ese día. Los pendientes me los regaló Margot, también de plata envejecida, colgando, eran muy bonitos.

Izan estaba guapísimo, con una guayabera y un pantalón, ambos de color Champagne como mi vestido, estábamos preciosos, los dos, yo me sentía de lo más bonita, nuestras bodas de cowboy ese día, es que éramos la foto de un escenario idílico.

Después del baile pasamos a las copas y más tarde cortamos la tarta, nos la habían hecho de fondant, gigante, era la réplica del rancho y dos novios delante, era una pasada, en el momento de cortarla comenzó a sonar otro tema que nos hizo bailar a la vez que la cortábamos, en esta ocasión Gloria Gaynor y su tema “I Love You Baby”, fue otro momento mágico, todos tocaban las palmas mientras nos miraban, felices en un día tan especial.

— ¡Vivan los novios! No dejaban de gritar mientras aplaudían y esa música los hacía moverse a todos.

Era emocionante vivir ese momento, era mucho mejor de lo que jamás había imaginado.

Ese día terminamos todos borrachos como cubas, bailando unos con otros, cantando, mojándonos a propósito con vino, tirándonos tarta, estábamos desfasados, pero de eso se trataba, de disfrutar del momento, ese que se nos quedaría en la retina para toda la vida.

Esa noche me sacó de allí en brazos y nos despedimos de todos, íbamos a dormir en nuestro nuevo hogar, al día siguiente salíamos al aeropuerto directos al destino que tanto nos había costado decidir, pero que al final, estábamos convencidos que sería el ideal para nuestra luna de miel.

— Ya eres mi mujer — dijo al cerrar la casa y comenzar a quitarme el vestido de novia.

— Ya eres mi marido — soné a sugerente.

— Sabes que para mí hoy comienza una vida que pienso cuidar, respetar, amar, proteger durante todos los días de mi vida — me dejó caer desnuda sobre la cama.

— Ya lo venías haciendo — me mordí el labio.

— Mucho más, ahora bajo juramento, palabra de hombre, de esa que nadie puede romper — me penetró sonriendo con ese brillo en sus ojos que hacían vibrar hasta mi alma.

Lo hicimos con sentimiento, con amor, con sensualidad, complicidad, fogosidad, con todo eso que desprendíamos cuando estábamos desnudos, todo aquello que era expresado corporalmente a forma de sentimientos, era algo indescriptible.

Tras ese momento de fogosidad nos quedamos dormidos, al día siguiente salíamos para el aeropuerto bien temprano.

— Buenos días, te espero en la cocina con el desayuno, prepárate, se nos hace tarde — me dio un beso en los labios.

Me duché, me vestí y fui a la cocina, Izan entraba de meter las maletas en el coche que había aparcado en la puerta de la casa.

Había preparado café, zumos y tostadas, todo muy meticulosamente, lo preparaba todo con mucho cariño para que entrara bien por los ojos, decía que así se disfrutaba mucho más la comida y tenía razón.

Salimos de allí y llegamos al aeropuerto, facturamos y entramos nerviosos a buscar el embarque, nos montamos en el vuelo que nos llevaría a nuestro destino, bastantes horas, con una escala entre medio, pero la llegada a ese país sería la recompensa a esas horas que teníamos que pasar volando.

Me pasé el vuelo viendo pelis, leyendo un libro, comiendo, bebiendo, quejándome y en la escala me fumé tres cigarros, cosa que nunca hacía, yo era de fumar muy poco y no todos los días.

El siguiente vuelo fue para darse cabezazos, nos tocó cerca de un niño de unos cinco años, caprichoso, maleducado, de esos que te dan ganas de ir a él y ponerlo firme, enseñarle lo que es el respeto, así que como no era mi hijo, mi vida ni nada, solo podía resoplar mientras ese pequeño no paraba de llorar y pedir por esa boca, claro que todo lo que estaba al alcance de la madre se lo daba, normal que actuara así.

— Si fuera mío ni tres minutos hubiera durado con esa actitud — dije soltando el aire.

— Si fuera nuestro — recalcó — no tendría es genio...

— Vamos, ni ese genio, ni esa tontería — puse los ojos en blanco.

— Intenta pensar en otra cosa, ya queda poco para llegar.

— Eso espero, estoy a punto de tirarme por la ventanilla...

— No te lo permitiría, ya si eso a la vuelta, pero vamos a disfrutar del viaje — contestó bromeando y besando mi cara.

Me puse a mirar fotos de la boda, me las pasaron todo por la noche, las de sus móviles, a la vuelta vería las de la cámara, pero me encantaba todos esos momentos que había sido inmortalizados.

— Este momento fue muy bueno — dijo señalando una foto en la que salía Alvin dándole a Alan con la tarta en la cara.

— Pobre, se puso todo pringado...

— Como todos, de una forma u otra terminamos con algo por encima — dijo recordando el buche de vino que le escupí cuando me hizo cosquillas en un mal momento.

Mis padres se veían felices en la foto, al igual que todos, había sido un día muy especial, muy bonito, preparado con mucho cariño, fuera del lujo y la ostentadas, muy natural y sin tanto postureo, como se hacía hoy en día con todo, que todo iba enfocado a mostrárselo al mundo a través de las redes sociales y eso no era lo que queríamos para un momento tan importante.

## Capítulo 17



Y aterrizamos por fin en Maldivas...

De allí a un puerto donde una lancha nos llevó a nuestro destino, una isla de las tantas que conformaban aquel destino.

— Esto es una pasada — dije al ver el resort y las cabañas sobre el agua, en aquella impresionante isla paradisiaca.

— Sí que lo es...

Nos recibieron con una copa de bienvenida y nos acompañaron hasta nuestra cabaña sobre el mar.

La isla era todo el resort, piscinas pegadas al mar, impresionantes con sus bares dentro de ella, hamacas por todas partes, inclusive de redes dentro del mar, aquello era un pedazo de escenario para pasar una semana increíble, lleno de bares por todos lados en plan chiringuitos y restaurantes repartido por toda la isla, que se podía recorrer andando en menos de media hora, una cucada en la nada.

Era tarde, así que dejamos las cosas en la habitación colocadas, nos duchamos y fuimos a cenar, escogimos uno de especialidades de mariscos, el vivir en Nebraska no nos condicionaba a no comerlos, pero como que aquí era más fresco y al momento todo, así que disfrutamos de una succulenta cena con velas y frente al mar, un escenario de lo más romántico.

Esa noche estábamos agotado así que nos fuimos a la cabaña tras la cena, a descansar y estirarnos en la cama, al día siguiente comenzaría nuestras vacaciones, nuestra preciada luna de miel, pero ahora solo necesitábamos eso, descansar.

Por la mañana amanecí como nueva, Izan comenzó a acariciar mi cuerpo y a lamer cada rincón de él.

— Buenos días, viajero — dije mientras me estiraba.

— Buenos días, mi señora — mordisqueaba mi barriga.

— Dios, abre esas persianas que se vean las maravillosas vistas — dije mientras reía por las cosquillas que me hacía.

— Ahora mismo — se levantó y despejó aquellas puertas de cristal que daban al océano azul, con esa terraza y la piscina privada que había en ella, además desde ahí caías al mar directamente.

Hicimos el amor con esas maravilloso fondo, luego llamó para que nos trajeran un gran desayuno, queríamos desayunar en la terraza, así que nos duchamos, pusimos los bañadores y enseguida apareció un camarero con una gran mesa llena de todo, hasta una cafetera recién hecha y que olía de muerte. Lo dejó todo en la terraza y se marchó sonriendo.

— Este lugar es el paraíso — dije mirando a todos lados.

— Y tanto que lo es, pero yo soy más feliz con mis caballos en el rancho, esto para unos días y ya...

— Hombre, yo también, para vivir prefiero mi rancho, pero esto es una maravilla para desconectar.

— Eso sí — sonrió.

— Es increíble el cambio que dio nuestras vidas en un año, quién te iba a decir a ti que en ese rancho donde conseguiste el trabajo que tanto deseabas, te encontrarías con la mujer de tu vida.

— Quién me lo iba decir — asintió con la cabeza, mientras me miraba con esos ojos de deseo que siempre conseguía clavarse en mí.

— Tengo ganas de tirarme al mar — dije mordisqueando la tostada.

— Todo tuyo...

— En cuanto me la coma allá voy, pero luego volveré a tomarme otro café, desayunaré por partes y tranquilamente.

— Dicen que hacerlo en el mar es una experiencia única — dijo como el que no quería la cosa.

— Pues tendremos que probar — le saqué la lengua.

— Y esa piscina también invita a ello — soltó con descaro.

— Cada rincón de aquí invita a darse un revolcón, hasta en la parte de la playa, donde la arena es fina, blanca, pero nos puede ver cualquiera de los alojados en el hotel o de los trabajadores — me encogí de hombros.

Un rato después, estábamos en el agua y como no, nos metimos debajo de nuestra cabaña que quedaba el agua por nuestra cintura y follamos muertos de risa, sabiendo que ahí se suponía que nadie nos podía ver.

Ese día estuvimos por la isla, de hamaca en hamaca, de playa en playa, tomamos cócteles, esa noche había una fiesta de blanco en una parte de ella y decidimos unirnos a ella, nos vestimos de acuerdo con la temática y ahí fuimos a disfrutar de la noche.

Nos unimos a dos parejas que iban de forma independiente pero que estaban charlando y se nos pusieron a hablar, un matrimonio de Luisiana y otro de Inglaterra, también de luna de miel, los de Luisiana se llamaban Paul y Salma, los de Inglaterra John y Sofie.

Empezamos a beber chupitos, a charlar, a bailar, a liarla, en aquella silenciosa noche que solo se escuchaba la música en un tono no molesto, pero era puro murmullo de los que habíamos allí ante aquel silencio que provocaba el entorno.

Paul y Salma eran muy graciosos, John y Sofie también, pero se les veía más pijos y correctos, pero hubo muy buen rollo desde el principio y en aquella isla nos quedaba varios días y era bueno tener personas con quién compartir algunos momentos de esos largos y bonitos días.

Cuando digo que nos bebimos hasta el agua de los floreros, no estoy mintiendo, no recuerdo nada, solo que me levanté y estaba en una hamaca, en las demás los de Luisiana e Inglaterra. ¿E Izan? ¿Dónde estaba mi marido? Me puse a mirar a alrededor y no lo encontraba, me fui a la cabaña sin despertar a los demás y comprobé que allí tampoco, no recordaba nada y eso era lo peor.

Me cambié me puse cómoda y me fui por el resort a buscar a mi marido, pero nada, no había forma de encontrarlo y cada vez me estaba poniendo más nerviosa.

Puse al tanto a la dirección del hotel que rápidamente se puso a poner a varios empleados y seguridad del resort a buscarlo, volví donde estaban los chicos y ya no estaban, pero un rato después aparecieron ya listos para desayunar y les pregunté si recordaban algo de la noche anterior, nadie recordaba nada, nos habíamos pasado bebiendo y ahora nos encontrábamos con más preguntas que respuestas.

Me tomé un café mientras esperaba que revisaran los vídeos de la zona en la que habíamos estado la noche anterior, había cámara por muchos lados y me dijeron que necesitarían una hora para revisarla, así que me senté con Salma y Sofie mientras sus chicos se fueron a dar una vuelta

por la zona para ver si encontraban algo.

Yo ya estaba poniéndome nerviosa, desconsolada, triste, estaba entre llamar a mis padres y no, pero no quería preocuparlos de aquella manera, confiaba que con la borrachera estuviera durmiendo en cualquier rincón.

Los de seguridad y el director del hotel me llamaron a mí y a mis amigos, había una parte del vídeo en la que nos íbamos todos con las copas en mano a otro lado que no había cámaras y volvimos a las hamacas todos sin Izan y nos tiramos en las hamacas donde nos quedamos dormidos.

Todos nos miramos intentando recordar, nos pusimos más nerviosos, no entendíamos ese trozo donde volvíamos tan tranquilos sin Izan, es más, volvíamos muertos de risa.

Avanzaba el día y permanecíamos con la seguridad y el director, pensando, mientras otro equipo lo buscaban por toda la isla, que no era grande, por eso nos impresionaba más el no encontrarlo.

Un helicóptero sobrevoló la zona para ver si lo veían, se tiraron buzos de una empresa de excursiones del hotel bordeando todo, se hizo mil cosas para encontrarlo, se corrió la noticia por todo el hotel y todos los huéspedes comenzaron a peinar cada rincón del recinto.

Cuando ya eran las seis de la tarde y se iba a poner una denuncia ante las autoridades por desaparición e iban a venir hasta la isla las autoridades competentes, uno de seguridad le habló por el *walkie* al director.

— Director Hotel para Security hotel.

— Adelante, Security, aquí Director.

— Tenemos al desaparecido, vamos para allá, está sano y salvo.

Comencé a llorar y me desvanecí mientras que los de Luisiana e Inglaterra, incluido el director, comenzaban a emocionarse y aplaudir.

Salimos y venía en un carro del hotel con la seguridad.

— ¿Qué pasó? — pregunté llorando.

— La he liado vida, pido perdón a todos — dijo mirándonos y el de seguridad sonreía.

— Por lo visto fue al servicio de su cabaña, que estaba la puerta abierta, después de entrar al baño se acostó por el estado en el que estaba, lo que no se había dado cuenta que había entrado en la cabaña equivocada, que está para los huéspedes que llegan mañana — decía el de seguridad ante nuestra cara de asombro.

— Te mato — dije llorando.

— Siento vergüenza por la que he liado — dijo con tristeza.

— Sinceramente, — dijo el director — prefiero que haya pasado esto a otra cosa más grave, de todas formas vuestro seguro cubre lo del helicóptero por ser una emergencia, lo de nosotros son solo gajes del oficio, nos importa solo que vosotros estéis bien y todo haya quedado en un susto, no en una tragedia, espero que a partir de ahora solo disfrutéis y no tengáis más incidentes.

Se lo agradecemos y salimos los seis de allí a tomar algo sin alcohol a la playa, ese día se nos quitaron las ganas de volver a beber, al menos por el momento.

Izan estaba avergonzado, con mal cuerpo de saber la que se había liado en el hotel con su búsqueda, los huéspedes que nos veían se acercaban a nosotros para felicitarnos por no haber pasado nada, se les veía a todos que habían estado preocupados, la verdad es que sentí como la gente que no tienen nada que ver, que están disfrutando de sus vacaciones, apartaban todo y se involucraban en una búsqueda de un desconocido, eso fue algo que me llegó al alma.

Cenamos y charlamos con los demás chicos durante toda la noche y quedamos al día siguiente para pasar el día con los chicos, ya de forma más animada, ese día lo habíamos pasado putas y era hora de comenzar a disfrutar de nuevo.



## Capítulo 18



— Buenos días, desaparecido — dije dándole un beso en los labios. Ya estaba en la terraza con el desayuno.

— Buenos días, preciosa — negó con la cabeza recordando lo sucedido. — No se me va a olvidar en la vida la vergüenza del escándalo que se formó ayer por mi culpa en el hotel — dijo echándome un café.

— No tienes que sentir vergüenza, pero tío... — solté una carcajada — A mí me la hiciste pasar putas, ya me había montado una paranoia en mi cabeza, me veía toda la luna de miel buscándote, quedándome más días hasta encontrarte o peor aún, volverme sin ti por no haber sido posible tu localización — me persigné y él negaba con la cabeza sonriendo, pero muy avergonzado.

— No me digas más nada porque me tiro al agua...

— ¿Y? Lo único que harás es refrescarte y nadar — reí.

— No me seas mala...

— Vida, ahora me río, pero no sabes ayer lo mal que estuve, esto quedará como anécdota toda la vida, deja que lo cuente en el rancho — volví a reír.

— Lo sé, pero deja de dar con el dedo en la llaga, que soy persona — dijo poniendo los ojos en blanco y aguantando la risa.

— Persona vas a ser, a partir de hoy te quedas de canguro de todos, así que no probarás alcohol, beberemos los demás por ti y tú te encargarás de que no nos pase nada. Pero déjame decirte que en una isla así, fuera del peligro humano, y que te pase algo de esas características es para que te toques los huevos.

— ¿Ya? — preguntó cruzándose de brazos y echándose hacia atrás.

— Bueno, vale, ya me cierro la cremallera de los labios y me hago un voto de silencio — dije aguantando la risa, di un trago al café, pero al mirarlo... ¡Perdón! — dije después de escupir todo el líquido sobre la mesa.

— Ay Dios, la que has liado — dijo mirando la mesa y negando con la cabeza riendo.

— No me hables de liar que te llevas la palma — no podía parar de reír, no podía, lo intentaba, pero no había forma.

Estuvimos por lo menos dos horas desayunando, lo bueno que nos traían una cafetera con todo lo demás para comer, pero en la cabaña había una máquina de cápsulas para hacerte cuantos cafés quisieras.

Nos fuimos a dar el encuentro a los chicos, Sofie y Salma estaban riendo al vernos llegar y les puse los ojos en blanco bromeando, me entendieron perfectamente, Izan fue directo a Paul y John, que estaban en la barra del bar de la playa tomando una cerveza, yo me fui hacia las chicas que estaban sentadas sobre unas hamacas sillas colgantes que era una pasada de cómodas.

— Pobre tu marido, debe sentirse fatal — dijo Salma poniéndose la mano en la frente mientras se balanceaba.

— ¿Y lo que me estoy riendo yo? — dije soltando una carcajada — Ayer lo pasé muy mal, pero superado el día, llevo toda la mañana riendo por ello.

— Tienes razón — dijo Sophie mientras negaba con la cabeza mirando hacia la barra, donde estaban los chicos.

Ese día comimos en la playa, en el bar donde estábamos. Pusieron una barbacoa e hicieron una buena carne y pescado a la brasa, así que ahí nos quedamos y sí, bebimos, menos Izan, que hizo de nuestro segurata.

— ¿Entonces vivís en Nebraska? — preguntó Salma.

— Sí, cerca de una ciudad que se llama Nebraska City, muy pequeña, de unos ocho mil habitantes, pero es una pasada y hay varias tiendas buenas, tabernas y eso.

— Yo pensé que Nebraska era un estado y no ciudad — dijo Sofie.

— Es un estado, pero dentro de ese estado está la ciudad de Nebraska City, en el condado de Otoe, no muy conocida, ya que tiene muy poca población, lo más conocido del estado es Omaha, Lincoln...

— Ya entiendo, pero vamos, que le llamen ciudad a un lugar donde solo hay ocho mil habitantes... — dijo Sofie alucinando.

— Pues así es — sonreí.

Es verdad, además había personas que no sabían ni que existía Nebraska City, pero ahí estaba, no era algo que yo me hubiera inventado, ni mucho menos que tuviera una vida imaginaria, me hacía gracia, pues la gente se quedaba extrañada por eso.

Comenzaron a volar las cervezas, Izan incluido, todos nos miramos y prometimos no dejar ir a nadie ni ir a mear solo, que lo del día anterior no podía suceder, que ya nada de sustos ni de liarla parda, reíamos mucho al recordarlo.

Y al anochecer estábamos desmadrados, en un chiringuito del hotel, con unos collares tipo hawaianos y una fiesta que había montado de esas que te hacen perder el norte, típicas de fin de año.

Y como no, no la íbamos a liar...

Todos arregladitos, bebiendo, bailando, frente al mar, pues allí miraras para donde miraras estaba el mar y Paul estaba muy bebido, extremadamente bebido...

— Pues voy a decir una cosa — dijo gritando ante las veinte personas que había en ese rincón en ese momento. — Hijo de su madre el que no se bañe — y salió corriendo al mar, con la copa en la mano y vi como una ráfaga de gente lo seguía y se metía también, los camareros se miraban alucinando y sonriendo, pero acabamos todos en el agua, liándola parda y gritando que queríamos más alcohol.

Tras eso, todos chorreando volvimos al bar, estaba en arena, gracias a Dios, si fueran moquetas las habríamos puesto buenas.

Chupitos y más chupitos, carcajadas, hablando con todo Dios, bailando como si se nos fuera la vida en ello y de repente...liándola para.

—¿Dónde está Paul? — preguntó Salma y todos nos miramos.

— Dijimos de no dejar a nadie solo — dijo medio borracho Izan y se tiró en la hamaca sin poder con su cuerpo.

— Me cago en mi vida — dijo John poniéndose la mano en la frente.

Los camareros y la gente nos miraba sin entender que nos pasaba, miré a todos...

— Hemos perdido a uno — dije en tono de resignación y todos se pusieron las manos en la boca, recordando lo del día anterior.

— ¡¡¡No!!! — se escuchó la voz de Paul, pero no sabíamos de dónde venía — Qué estoy durmiendo en mi nueva cabaña.

Nos tiramos al suelo y nos lo encontramos debajo de la hamaca, todos negamos con la cabeza y levantamos las copas, comenzamos a beber como cosacos, ya nos daba igual todo, estábamos y era lo fundamental, al menos para nuestra paz mental.

Los siguientes días los pasamos de igual manera, sol, playa, beber, piscina, fiesta, comer, descansar, liarla un poco, nos habíamos hecho famosos en aquel resort, la habíamos liado de mil maneras.

Los primeros en irse fueron los ingleses, luego los de Luisiana y por último nosotros que volvíamos con ganas de llegar al rancho, con ganas de comenzar esa vida de casados y disfrutar de todo aquellos que nos deparara la vida.

El viaje de vuelta lo hicimos agobiados, se nos hizo muy pesado, deseando llegar a Nebraska y relajarnos allí.

Y llegamos al rancho por la mañana, después de que mis padres nos recogieran en el aeropuerto y felices por encontrarnos esa comida de bienvenida donde estaba mi pequeña gran familia.

— Estás gordísima — dije tocando la barriga de Silvia.

— Dios mío, esta niña no deja de crecer — puso cara de resignación.

Durante la comida pusimos el móvil a una tele que había en el patio de la barbacoa y enseñamos las fotos del viaje, todos estaban alucinando al ver aquel lugar paradisíaco, nuestra cabaña en el mar, los amigos que habíamos hecho y cómo nos lo habíamos pasado, lloraban de la risa cuando contamos lo que se movilizó por la desaparición de Izan, que me miraba ruborizado por contarlo y con ganas de cogerme por el cuello mientras el resto no dejaba de reír.

Después de la comida y el postre, nos despedimos todos, Izan y yo necesitábamos descansar, vaciar las maletas, ya le habíamos dado a todos su regalo de recuerdo del viaje, así que era sábado y el lunes tenía que volver a la rutina y comenzar con mi nueva vida, además de seguir con mi trabajo, ese que iba viento en popa y al que venían gente de todos los alrededores.

Los dos meses siguientes fueron preciosos, comidas con mis amigos en el rancho, también en nuestra casa, para eso mi padre me había hecho una preciosidad de hogar, con zonas exteriores para disfrutarla.

Llegó el día del parto de Silvia, ahí estábamos todos emocionados, esperando a la princesa de la familia, Keira, una preciosa bebé que nació estupendamente, casi no le ocasionó muy mal parto a la madre, una bendición para todos, se había convertido en el juguete del rancho donde pasaba

muchas horas.

## Epílogo



Tres años después...

— La niña se despertó — dije levantándome ese sábado donde se haría una comida en el rancho.

— Voy a cogerla y preparo el desayuno — dijo Izan besándome con los mismos deseos que el primer día.

Me preparé y fui a la cocina, besé a mi pequeña Noah, que sonreía feliz, tenía dos años, se llevaba uno con Keira, su amiga inseparable y que ese día estaría en la finca para comer y se quedaría hasta el domingo, como todos los fines de semana, que estaban deseosas de pasarlo juntas.

— Tengo que decir algo — dijo en medio de la comida Silvia y todos la miramos. — Estamos esperando a nuestro segundo hijo — se tocó la barriga mientras sonreía de la emoción.

Todos los felicitamos emocionados, era una alegría añadir miembros a nuestra familia, para nosotros ellos lo eran y sobre todo Silvia era una hermana para mí.

Miraba a las dos niñas, que se llamaban primas, jugando, tan felices y todos con una vida relativamente tranquila, con unas parejas que se desvivían por nosotros y un entorno que era perfecto para criar a nuestros hijos, aquello era felicidad, de lo contrario seríamos unos egoístas.

La clínica se amplió, contratamos especialistas, pusimos salas más grandes de espera, venían gente de todo el condado y nos habíamos vuelto una de las privadas más importantes de todo Nebraska.

Mis padres vivían una eterna felicidad, era todo un ejemplo de unión, al igual que Izan, que había dado una solidez increíble a mi vida y me seguía teniendo de lo más enamorada, seguía en

una nube constante con él.

A la casa grande del rancho se unió Mariah, una joven de treinta años que se unió a la familia para ayudar a Margot y para encargarse de Noah, como también lo hacía de Keira muchos días en que sus padres no podían.

Y así fue como me enamoré en Nebraska, en el corazón del rancho grande...